

CAPÍTULOS GRATUITOS

Atormentado deseo

Ana Coello

*ℳ «Inconsciente sentimiento que nace cuando seduciendo
al deseo no se quiere dar más, cuando amar no es lo que se
busca alcanzar, cuando jugar es la parte medular,
cuando esconderse es lo vital, y así, de ese modo,
los demonios no puedan atacar y volver a aniquilar». ↗*

Prefacio

Un imbécil. Sí, un absoluto y completo imbécil. ¿Cómo era posible que no pudiera controlarse? ¿Cómo mierdas fue que se comportó como un maldito adolescente? ¿Nada había aprendido en la vida?

No, tal parecía que existían cosas en las que aún no maduraba, pero es que no pudo resistirlo, vaya, ni siquiera recordó que tenía un cerebro dentro de la cabeza que debía utilizar, con mayor razón, justo en momentos como ese.

¡Mierda y mil veces mierda!

Era un imbécil. Caro estaba delicada, no regresaría en varios meses y esa chica de ojos color almendra era su suplente. Rogaba que las cosas no se complicaran, que no creyera que pasarían de ahí porque por mucho que despertara sus sentidos hasta el estúpido punto de sentir una colisión interna, nunca, jamás emprendería algo más serio que eso con nadie. Se lo juró y lo cumpliría.

Deseaba ser el mejor tío, el mejor hermano, nada más. No ataduras, menos compromisos y por supuesto en su puta vida involucrar algo más que el cuerpo y deseo.

Recargó la frente en la puerta del lujoso baño de aquel hotel donde se alojaba desde hacía unos días. Desprovisto de ropa y solo con una toalla enrollada alrededor de la cintura se martirizaba sin cesar.

Por lo menos usó protección. Era un hombre precavido, eso lo aprendió hacía mucho tiempo y aunque no planeaba que sucediera algo así con ella, lo cierto era que no sabía si ocurriría con alguien más.

Pero carajo, su cuerpo era una caldera a punto de reventar cuando la tenía cerca, no se reconocía. Por otro lado, desde que todo aquello ocurrió, tomaba esa clase de encuentros a la ligera, sin prestar atención con quién, ni cuándo, por lo que la meticulosidad en ese punto se acentuó. Lo que jamás previó es que su instinto lo traicionara de esa abominable manera e hiciera lo contrario de lo que debía. En serio era estúpido.

¡Ah! Cerró los ojos con fuerza y se acercó al espejo. Se echó agua al rostro hasta que se encontró frío por completo y es que aún sentía su cuerpo hervir, sobre todo ciertas partes, de tan solo recordar lo que acababa de pasar.

Vibró como nunca, se dejó llevar sin reparos, sin contenerse ni un poco. La tomó así sin más y evocar sus gemidos lentos, ansiosos, sus manos aferradas a sus hombros, su abandono absoluto, solo logró que volviera a echarse agua.

¡Maldita sea!

Respiró hondo y salió de una jodida vez de su escondite. Le dejaría todo muy claro y esperaba que fuera lo suficientemente madura como para comprender que eso era tan solo un encuentro casual que no se repetiría. Sí, eso era lo mejor.

Al hacerlo, no vio a nadie, de hecho, no existía huella de que ahí hubiese ocurrido aquella fiera muestra de pasión. Se vistió aún incrédulo. Salió con el cuello de la camisa sin abotonar y por fuera del pantalón. Se mostraría relajado e intentaría ser contundente.

Recorrió el pulcro pasillo hasta que llegó a lo que era un comedor para seis personas. Ella se encontraba ahí con su ordenador abierto leyendo algo con atención. Vestida nuevamente

con ese conjunto casual que la hacía parecer tan terrenal, con su cabello suelto que caía hasta la mitad de su angosta espalda, comía chocolate despreocupada.

La joven elevó los ojos hasta los suyos cuando lo tuvo enfrente, tan solo un segundo. Su indiferencia lo dejó perplejo. Al verla así, fría, entornó los ojos sin poder comprender. Se acercó con las manos en los bolsillos del pantalón listo para una letanía o una serie de quejas, a lo mejor con una probable renuncia o exigencias. Ni hablar, no cedería en ninguna.

—Ya se los envié a Gregorio y al departamento de verificación. Por la mañana sabremos si todo está en regla —hablaba con su típica suficiencia. Evitó abrir la boca debido a la impresión. Era como si lo ocurrido unos minutos atrás simplemente no hubiera pasado. ¿Era eso posible? ¿De verdad actuaría como si nada? La observó terminarse el dulce para un segundo después chupar con desenfado uno de sus dedos, seguro tenía restos de chocolate. Tragó saliva atontado, ese gesto solo sirvió para despertarlo nuevamente y lo peor era que lo hacía sin ese afán, como solía—. Creo que es todo. ¿Necesita algo más? —Se puso de pie y cerró el ordenador relajada. Al ver que no respondía, la joven lo miró expectante. De inmediato reaccionó.

—No, nada. Nos vemos por la mañana —zanjó serio.

—Sí, a las nueve estaré aquí. Buenas noches —confirmó y pasó a su lado dejando esa estela femenina que hacía unos momentos se coló por todo su organismo, para salir sin decir nada más.

Permaneció ahí, de pie, aturdido, asombrado. ¡Guau!, eso sí que era nuevo. Refrescante también. Sonrió negando al tiempo que se frotaba el cuello. Era un alivio saber que no tendría problemas en cuanto a aquel desenfreno, lo complicado era que no deseaba que fuera la última vez.

1

Carácter agrio

«Lo siento, Cristóbal, de verdad lo siento... Le juré a mi padre que tampoco serían felices, pero no conté con que tú fueras así, que... te amaría como lo hago. Por eso no tomé posesión, por eso no pude seguir. Ojalá algún día me perdones y comprendas lo mucho que te amo».

Esas malditas palabras lo despertaban, si bien ya no cada noche, desde hacía un año, cuando logró recuperar a su hermana después de toda aquella atrocidad, sí algunas veces. Y es que cada vez que esa mujer aparecía en su mente, así, sin ser solicitada, mucho menos invitada, la ira lo carcomía, el odio y el rencor lo corroían.

El daño que les hizo fue irreparable, sobre todo a ella, a Andrea. Maldición, la odiaba con toda su alma y deseaba eliminar la huella que dejó el paso en su vida. ¿Cómo olvidar que asesinó a sus padres? ¿Cómo dejar atrás las humillaciones, maltratos y vejaciones a las que sometió a su hermana? ¿Cómo sacar de su mente el hecho de que se enamoró de aquel monstruo, que se casó con ella, que... destruyó toda su vida con ese asqueroso plan? Que vivió doce años de mentiras. ¿Cómo?

Se sentó sobre aquella mullida superficie apretando la quijada. A pesar de que tenía aire acondicionado, sudaba. Se frotó el rostro. Ojeó el reloj que tenía sobre la mesa de mármol negra. Las cinco de la mañana. Se dejó caer sobre las sábanas blancas, resoplando. ¿Es que nunca terminaría eso? Ya no la amaba, no desde hacía un buen tiempo, y de hecho ya dudaba lo hubiera hecho en realidad en algún momento, lo cierto era que lo creyó así durante años y parecía estar decidida a recordarle infinitamente los errores del pasado, su debilidad y su estupidez.

Giró el rostro y encendió la lámpara. Ahí, a un costado del reloj, la foto de su Pulga junto con Fabiano, su sobrino. Sonrió dejando de lado aquel malestar que le provocaba pensar en esa alimaña.

Su hermana Andrea había dado a luz a un chico sano y grande hacía un mes. En cuanto supo que ese pequeño llegaría, voló a Córdoba, lugar donde fue el nacimiento, pues su residencia fija era en una hacienda de Veracruz; así que cuatro semanas antes de que Fabiano llegara a este mundo, Matías y ella, se trasladaron ahí para evitar cualquier situación que pudiera requerir mayor infraestructura médica. Así que, sin perder el tiempo, apareció en aquel lugar listo para conocer a su sobrino.

Su cuñado y mejor amigo, mostró una tranquilidad atípica, porque lo cierto era que todo lo concerniente a ella siempre lo alteraba, o, mejor dicho, lo preocupaba, ese hombre vivía para ver feliz día y noche a esa joven que adoraba.

Volvió a sonreír. Eso sí era amor, esos dos pasaron por cosas espantosas y al final, lo que sentían hizo que sus heridas sanaran y no solo eso, sino que fortaleció lo que ya de por sí era de acero.

Un día más y al parecer debía comenzar un poco antes de tiempo...

Se levantó sin remedio, sabía que después de esas pesadillas el sueño no regresaba, así que se tomó un vaso de agua y se dirigió a la habitación donde tenía aparatos para ejercitarse y que contaba con esa asombrosa vista a la Ciudad de México, aún oscura, gracias a sus enormes ventanales.

Un *pent-house* en ese altísimo edificio fue su elección cuando vendió aquella casa que le hacía revivir cada dos segundos lo imbécil que fue por confiar en esa mujer. Pero nunca más. A su corazón y su alma jamás volvería a escucharlos, no cuando lo alentaron a, sin saberlo, ser partícipe de la infelicidad del ser que, junto con Fabiano, más amaba; su hermana. No, no confiaba en ellos y eso era lo mejor.

Se cambió de ropa ahí mismo, prendió el televisor y comenzó a trotar en la caminadora mientras escuchaba las noticias en *CNN* Internacional. A las nueve en punto le recibieron el *Jaguar XJ* uno de los empleados del conglomerado que solían hacerse cargo de su vehículo cada mañana, mientras el jefe de su escolta personal lo seguía a distancia reglamentaria.

Saludó al guardia con gesto frío mientras este le abría el ascensor marcando el número al que sabía se dirigía.

—¿Carolina te dijo que carriola¹ deseaba? —cuestionó a Roberto, su escolta. Este asintió a su lado. Esa no era parte de su labor, no obstante, su asistente no era la indicada para la tarea y su jefe de seguridad contaba con personal a su cargo, por lo que gestionar la adquisición de algo como eso no era problema. Ya se encontraban solos. Solía acompañarlo hasta la última planta donde estaba su despacho y ahí se ponía de acuerdo con su mano derecha para empatar las citas del día.

—Sabe que no es fácil esa mujer —bufó—, pero logré que Blanca le sacara la información —confesó con tono serio, aunque orgulloso. Cristóbal sonrió sacudiendo la cabeza. Sí, era testaruda y además de Andrea, que hacía lo que quisiera de él, Caro también era la otra mujer en la que confiaba, pues llevaban años laborando juntos y le demostró siempre ser leal y recta, sobre todo en aquel momento donde todo se desmoronaba, sin remedio, como un castillo de naipes que al soplarle no tarda en caer por completo.

—Si lo sabré yo. Bueno, encárgate de que tenga la más equipada y cómprale, no sé, todas esas cosas para bebés —le pidió revisando su correo electrónico. Era un adicto al trabajo, más aún desde que todo eso ocurrió. Roberto asintió con formalismo. Se llevaban muy bien. Su relación laboral comenzó desde que Mayra, la exesposa de Cristóbal, entró a prisión. Por obvias razones despidió a todo el equipo anterior y ese hombre fue recomendado por Gregorio, su abogado y hombre de absoluta confianza. Así que dos años era el tiempo que llevaba de conocerlo en los cuales, si bien no intimaban, pues él no lo hacía ya con nadie, sí mantenían esa corta distancia que se debía tener con alguien tan vital para su seguridad.

—Cuenta con ello. Aunque créame, tiene tiempo.

—Lo sé, pero prefiero que ese pendiente desaparezca. —Así era; controlador, planeador, nada podía salir de ese horario que se estipulaba, de lo que debía y tenía que ser.

—Buenos días —Lo saludó una chica rubia, de rasgos suaves justo cuando entraba a su despacho. Caro, su asistente, a pesar de rondar los seis meses de embarazo se mantenía delgada y aunque fatigada, era la mejor en lo que hacía.

—¿Qué tal la mañana? —preguntó su jefe mientras se servía café en su taza de siempre, que se encontraba a un costado de la entrada de aquel inmenso y moderno lugar.

—Los mismos kilos, pero más cansada —admitió su asistente, sonriente, mientras bebía zumo de naranja que solía llevar para que la presión se mantuviera en sus niveles adecuados, según ella. Cristóbal sonrió negando.

—Creí que todas las embarazadas comían y dormían —expresó bromeando, dirigiéndose a su silla que se encontraba tras un enorme escritorio de vidrio grueso. Ella volcó los ojos, como siempre, y Roberto hablaba por el celular. Rutina.

—En la época de nuestras abuelas, ahora es distinto y lo sabes, Andrea apenas si subió —le recordó fatigada pero sonriente. El hombre se recargó en el respaldo de su mullida silla con desgarmo sorbiendo de aquel líquido caliente que jamás debía faltar en su sistema a esas horas de la mañana y la observó asintiendo. Ella era bonita, agradable y asombrosamente inteligente. Llevaba casi ocho años de matrimonio, a sus treinta y dos años decidió buscar su

¹ Cohecito de bebé.

primer hijo, cosa que trastocó no solo la vida de esa buena y eficiente mujer, sino la propia también.

—Ahora ustedes son las expertas —la provocó enarcando una ceja con burla. Gozaba molestándola.

—Deja mi barriga en paz y comencemos —lo regañó rodando por enésima vez los ojos. El hombre asintió irguiéndose. Solo ella se atrevía a dirigirse de esa forma a él, nadie, en ningún momento tendría ese tipo de contestaciones, pero más de siete años juntos, le daban ese derecho.

Después de quince minutos de breve reunión, su jefe de seguridad los dejó solos. Ambos revisaban en las *tablets* la información sobre la compra de una conocida cadena de hoteles en Quebec. Si todo salía bien, en un par de semanas volarían para allá y el trato quedaría cerrado.

Entre muchas cosas más, Grupo Nord-Sud, —nombre francés que portaba el conglomerado gracias a su abuelo que decidió llamarlo así pues su madre era de aquel país— contaba con cadenas hoteleras de gran nivel. El negocio consistía en buscar hoteles con potencial que tuvieran problemas financieros. Los compraban y los posicionaban nuevamente para venderlos en la bolsa de valores a precios exorbitantes, pero justos.

—Carolina —la nombró cuándo terminaron de ponerse al día. La rubia lo miró esperando la siguiente orden. Al ver el rostro de su apuesto jefe, supo que no era estrictamente laboral lo que le diría—. ¿Estás segura de que podrás? ¿Cuánto tiempo te falta exactamente? —la cuestionó frotándose la masculina barbilla.

La mujer rio sacudiendo la cabeza. Sabía bien a qué se refería o, mejor dicho, a quién. Resopló y dejó la *tablet* frente a ella apoyando su adolorida espalda en el respaldo. El día anterior le hizo la misma pregunta y por supuesto conocía mejor que nadie la respuesta, estaba segura de que incluso mejor que su marido.

—Tres meses, Cristóbal. Los mismos que ayer y anteayer. —Al escucharla entornó los ojos. Ese hombre era de armas tomar, poderoso, firme y de un par de años a la fecha, todo un témpano de hielo. Pero ¿quién lo podía juzgar? Lo que vivió fue atroz, abominable en realidad y peor aún, de conocimiento público, por lo que se tornó, con el tiempo, reservado, toda una caja de seguridad. No obstante, ella no le temía, llevaba siendo su asistente personal desde hacía un buen tiempo en el cual le demostró su incondicionalidad y lealtad en todo momento, cosa que él, su jefe, sabía apreciar después de todo lo ocurrido con aquella monstruosa mujer.

—Tú tienes la culpa de mi ansiedad, esa chica que elegiste, ya sabes... No termina de convencerme —le recordó molesto. Carolina dejó salir un suspiro cansino, perdió la vista en el cielo y otros edificios igual de altos que se ubicaban en aquella impresionante ciudad.

—Es la mejor para cubrirme, además, solo serán tres meses —murmuró conciliadora—. Lo hemos estado discutiendo casi a diario, estará lista. Y después de eso se irá al departamento de Finanzas, ahí hace falta la presencia de alguien así, sabe lo que hace.

—Me lo has dicho, pero no sé. Es... irrespetuosa —declaró arqueando una ceja.

—Y tú no fuiste el más cortés, además, esa es una de las razones por las que decidí que era la indicada; no te dirá lo que deseas escuchar. Necesitas a alguien con iniciativa, no una veleta que se ponga a llorar al primer problema o peor, cuando te molestas.

—¿Estás diciendo que soy un antipático? —preguntó serio.

—A veces y lo sabes... Cristóbal, no me lo hagas más difícil. El proceso para elegirla fue una tortura, dijiste que confiarías en lo que decidiera. Ya la investigaron, sé que ella es la

indicada para sustituirme. —El hombre dio otro trago a su café observándola por detrás de la taza con esos asombrosos ojos verdes que podían frenar a cualquiera por la advertencia que de ellos emanaban. Odiaba, temía y aún estaba lleno de ira, de coraje y eso se notaba.

—Bien, no diré más. Será tu suplente, pero a partir del lunes la quiero en las juntas y que entre aquí cuando tú lo haces. Si no la veo interactuar, ¿cómo podré creerte? Dos meses para que conozca mejor el ritmo de trabajo me parece adecuado.

—Es buena idea, de hecho, creo que ya es momento. Lo que debe hacer afuera ya lo domina, e incluso Hugo la ha podido capacitar un poco para el otro puesto. Aprende muy rápido y nunca para.

—Pues eso quedará de lado hasta que tú regreses, no quiero que esté en otra cosa, Jimena y Blanca no podrán con todo, ella debe ser tú si es posible —sentenció. La mujer entornó los ojos.

—En la medida que confíes en esto; funcionará, pero si cada vez que la ves pasas de largo como haces, será complicado y no capacitaré a nadie más. Así que decide —amenazó. Cristóbal se levantó algo enfadado, no comprendía por qué esa chica nueva lo irritaba, lo molestaba, lo... ponía en tensión desde el primer momento que la vio dos meses atrás.

Perdió la mirada en el cielo brillante, la capa de *smog* desde ahí era bastante nítida; una nata oscura cubría la ciudad y, sobre ella, azul coronado por la luz dorada del sol que ya estaba en todo su apogeo. Lo de diario.

—Bien, tú ganas. Y espero que no te estés equivocando —soltó con un deje de ultimátum. Caro negó comprendiéndolo; era desconfiado y asombrosamente hermético. ¡Maldita mujer!, se llevó consigo todo lo que solía ser de Cristóbal, que si bien, no era la felicidad personificada, tampoco era taciturno y duro como lo era ahora.

El resto del día fue ir y venir, llamadas, inversiones, todo igual, sin fallos, sin diferencia, sin error. Así era su vida, así era como debía ser. Para terminar a las nueve de la noche fatigado, listo para nadar en la piscina de su apartamento y dormir hasta el día siguiente si esa «maldita» no osaba aparecer en sus sueños arruinándolo todo como solía.

Salió de su despacho, frotándose el puente de la nariz, con su *tablet* y celular en mano. Ya los empleados se habían ido, incluso Carolina, las siete y media era su hora de terminar turno y si no era indispensable, no le agradaba que nadie se quedara más tiempo del necesario.

El ordenador de su asistente estaba aún encendido y había papeles frente al aparato. Arrugó la frente al percatarse y de pronto escuchó unos tacones marcar con paso ligero su llegada. Elevó la vista.

Ella.

La chica iba con un par de carpetas pegadas a su pecho.

—Buenas noches —saludó la joven, sin temor, con la cabeza alta y mirándolo directamente a través de sus ojos marrones. Cristóbal sintió nuevamente esa sensación molesta. Era bonita, demasiado tal vez, de rasgos finos, no muy alta, delgada y solía llevar su cabello castaño en una coleta formal, pero no apretada y un flequillo casual por lo que se la veía siempre natural, fresca, sencilla.

—Creo que la hora de salida ya pasó —expuso con voz autoritaria. Ella asintió mostrando una mueca que pretendió ser una sonrisa con aquellos labios no muy carnosos levemente

pintados de color melocotón. Iba enfundada en un vestido ajustado, aunque recatado, que resaltaba su figura de una manera que lo puso en tensión. Nada nunca parecía alterarla.

—Lo sé, pero Carolina se sentía fatigada y me ofrecí para terminar algunas cosas que eran importantes —explicó con esa voz serena, pacífica, pero cargada de firmeza. Avanzó y dejó las cosas sobre la superficie sin titubear.

Mierda. Esa era lo que lo irritaba, en general todos temblaban, lo veían y hasta se enderezaban, por no decir que se desvivían por agradarlo. Sin embargo, esa mujer pasaba de largo y nunca se mostraba intimidada.

—No me agrada que el personal esté más tiempo del que debe —declaró serio, observándola sentarse frente al ordenador, relajada.

—También lo sé, pero debo terminar y dudo que le parezca buena idea que esto no quede listo para la junta que tiene mañana con la nueva cadena de restaurantes que desea adquirir —argumentó moviendo el ratón de la computadora con delicadeza. Cristóbal apretó los dientes dándose cuenta de que nuevamente se sentía irritado, ni siquiera lo miraba. ¡Carajo!

—Detecto ironía en su tono y debe saber que no me agrada —rugió por lo bajo, contenido. La joven pestañeó elevando la vista hasta él, confundida.

—Jamás me permitiría hacer tal cosa. Le estoy diciendo lo que debo hacer y la razón por la que aún no me he marchado. En cuanto concluya con esto tenga por seguro que me iré —aclaró. Cristóbal se sintió un estúpido. Respiró hondo asintiendo. No haría un problema, estaba agotado, era probable que de verdad no hubiese querido decir así las cosas.

—Estará en esa junta. Así que, sí, espero que quede todo bien. Buenas noches —sentenció. Su nueva asistente no pudo evitar abrir los ojos un tanto asombrada, esa era la primera vez que él le pedía algo. No le temía, pero debía reconocer que era un hombre imponente y aunque no era una mujer insegura o temerosa, hacía que sus sentidos se alertaran de inmediato con su sola presencia. Escondió con rapidez el sentimiento y asintió levemente.

—Buenas noches, señor —se despidió con formalidad. Una vez que dejó de escuchar sus ligeros pero decididos pasos. Soltó el aire y colocó la frente sobre la superficie de cristal. Ese tiempo junto a él sería difícil, peor que eso, una pesadilla, pero no se rendiría. Necesitaba ese trabajo y, además, si lograba sortear su carácter agrio tendría el puesto deseado y las preocupaciones financieras debido a la situación que vivía ya no serían más.

Sonrió optimista. Sí, todo iría bien; era tenaz, inteligente y decidida, estaba preparada y el esfuerzo de sus abuelos lo haría valer a como diera lugar. Por otro lado, la atención médica de su abuela estaba bien cubierta desde que ingresó y eso lograba que vivieran más tranquilas. Podría con ese hombre que, aunque en parte comprendía su conducta, no le quitaba lo pedante.

Sí, era un guapo pedante, bueno, un pedante muy guapo en realidad tonteó un poco.

Sacudió la cabeza reprendiéndose. Ni ella estaba para eso, ni jamás se metería con un tipo como él, recordó torciendo la boca como solía hacer cuando se encontraba pensativa.

Sensaciones contradictorias

La casa se encontraba sumida en ese silencio que tan bien conocía, seguro dormía. Dejó sus cosas en los primeros peldaños de las escaleras y se dirigió a la cocina. Se moría de hambre.

El lugar era amplio, aunque viejo, sin embargo, contaba con todo lo que siempre necesitó y más si era sincera. Se acercó al microondas, sonrió. Un plato bien servido estaba justo ahí. Agradeció en silencio y lo puso a calentar el tiempo justo. Cuando el aparato avisó de que la comida estaba lista, la sacó y comenzó a ingerirla de pie con la vista perdida, sin prestar atención a nada en especial. Esa noche debería haber ido a los ensayos, faltar no le agradaba. Eso, junto con su profesión, era lo que más amaba. De pronto la imagen de ese hombre retornó.

Aún podía recordar el día que Carolina se lo presentó; sus palmas sudaban y aunque sabía que el puesto ya era suyo, si él se negaba, nada podría hacer al respecto. Había escuchado un poco sobre su vida años atrás, salió en todos los diarios y cadenas televisivas, fue una bomba mediática gigantesca, de esas difíciles de olvidar por el impacto. Jamás pensó que poco más de dos años después lo tendría justo frente a ella.

Entró un poco temblorosa, aunque disimulándolo a la perfección. Torció la boca y respiró hondo, lo cierto es que casi se detuvo en seco al verlo. Lo conocía de las noticias, pero en serio, nada le hacía justicia, el tipo que tenía enfrente era un modelo de alguna marca famosa; guapo, varonil y con la mirada más escalofriante que jamás hubiese visto, emanaba hielo sin el menor de los esfuerzos. Sonrió como suele y continuó hasta llegar al escritorio mientras su jefe la escrutaba de forma despectiva y sin mucho interés.

—Aquí la tienes, tu próxima asistente, Cristóbal —habló Caro. Él enarcó una ceja asintiendo. La joven extendió la mano a forma de presentación con esa enorme sonrisa pintada en el rostro.

—Buenos días, mi nombre es Kristián Navarro —dijo ligera. Sin estrechar su mano el hombre miró a Carolina riendo con despotismo. La nueva asistente bajó la mano, no comprendía a qué venía eso.

—¿Ese es su nombre, Carolina? —questionó. La rubia pestañeó desconcertada, no entendía a qué se refería.

—Sí —respondió intrigada. Él se levantó serio y la señaló con incredulidad.

—¿Kristián? Ese nombre es de chico, así que no me hagan perder el tiempo, ¿cómo se llama? —repitió entornando los ojos mientras se metía las manos en los bolsillos de su pantalón negro.

—¿Perdón? —replicó Kristián. ¡¿Quién mierdas se creía?! Controló su carácter, molesta, no le convenía montar una escena ahí, justo con él. Por otro lado, esa no era la primera vez que alguien le decía algo similar. La experiencia que da años de tolerar estupideces sobre ello logró que se cruzara de brazos y enarcara una ceja, retadora. Cristóbal adoptó la misma postura. Ambos se miraron confrontándose.

—Ese es su nombre, Cristóbal... —dijo Carolina, pálida. Hacía un par de días la contrató definitivamente, pero si hacía memoria no le mencionó cómo se llamaba, pues se refería a ella como: la chica nueva, o la suplente. Maldición. El hombre no movió ni un poco la expresión.

—Siento mucho no tener un nombre más femenino, lo cierto es que no lo pude elegir. Me llamo Kristián Navarro —habló desafiante, pero seria. Cristóbal, al detectar su sarcasmo deseó sacarla de su oficina, es más, de su edificio. Pero el rostro de Caro y la metedura de pata lograron que simplemente asintiera y se volviera a acomodar en su silla.

—Ciertamente hay cosas que no podemos cambiar —señaló con desenfado mirando la enorme pantalla del ordenador. Kristián apretó los puños. Hubiera deseado estampárselos justo en la nariz. No obstante, ladeó la boca tragándose las ganas.

—Indudablemente. —Su tono captó su atención de inmediato.

—Bueno —interrumpió la voz conciliadora de Carolina al darse cuenta de lo que ahí pasaba. Las cosas comenzaron de la peor forma y no tenía tiempo para las muestras de carácter de ambos. Sin embargo, le agradó que la joven no se amedrentara, esa era su prueba de fuego desde su punto de vista y la había pasado con medalla honorífica—. Ahora que ya se conocen y las formalidades están dadas. Kris, puedes ir con Hugo, nos vemos en un rato —pidió con elocuencia. La joven sonrió relajada, asistiendo.

—Un gusto, señor Garza, espero serle de ayuda cuando Carolina no esté. Con permiso. — y desapareció sin voltearse ni una vez, siendo muy consciente de la mirada clavada en su espalda. Ese hombre era irritante, y... su jefe.

Dios, al día siguiente las cosas ya no serían tan sencillas como hasta ese momento. Deseaba con todas sus fuerzas que saliera bien, que Cristóbal Garza no continuara mirándola como si de un bicho se tratase y menos siguiera con su pedantería. Desganada lavó su plato, apagó las luces y subió. Casi medianoche, notó al ver el reloj de la escalera. Bufó.

—Kris... —escuchó. ¡Ay!, la había despertado. Torció la boca y entró a su habitación en el segundo piso, justo al lado izquierdo del último peldaño.

—Hola, Aby... —habló bajito. La mujer mayor se encontraba recostada con la luz de su mesa de noche prendida. Se frotó los ojos, somnolienta.

—¿Acabas de llegar? —preguntó con dulzura, también con preocupación. La joven se acercó y le dio un beso en la frente asintiendo.

—Tenía que terminar algo del trabajo... —le explicó tomando una de sus delgadas manos. La mujer que tenía frente a ella era como su madre, o mejor dicho, su madre. La crio desde que la verdadera desapareció cuando tenía seis años y le dijo que su vida era muy complicada como para hacerse cargo de ella. Entonces sus abuelos la cobijaron y educaron como si de una hija se tratara, acción que agradecería eternamente. Ahora su abuelo no estaba, dos años atrás partió de este mundo debido a un infarto que lo atacó mientras dormía. Jamás hubo una

causa, algo que les dijera que eso ocurriría. El impacto de la noticia fue espantoso, demasiado doloroso y para su abuela el fin de su existencia, pues siempre amó a ese hombre con el que se casó tan joven.

—No me gusta que estés tan tarde en la calle, ya lo sabes —le recordó apretando su mano levemente—. Kristián, debes de cuidarte más... —La chica resopló relajada. La seguía tratando como una niña, no lo podía evitar.

—¡Ey! Todo va bien, debía hacerlo, de todas formas, iba a llegar tarde por los ensayos —la animó sonriendo. Su abuela puso los ojos en blanco.

—Esa necedad, ya es mucho lo que haces... —expresó pesarosa.

—No seas exagerada, además, ya sabes que mi trabajo y ayudar a los chicos haciendo algo, me gusta mucho; me hace sentir bien.

Claro que lo sabía, su nieta era imparable. Siempre, desde pequeña, encontró la manera de ocuparse en lo que fuera. Un torbellino, decía su difunto marido cuando la veía bailando frente a la gente de aquella manera que solo ella sabía. Sí, esa era su pasión en realidad, lo supo desde que tenía diez años y pasaba horas con las chicas de la cuadra moviendo su cuerpo con habilidad en la acera o una de las casas después de haber cumplido a la perfección con todos sus deberes. La observaba desde la ventana de su habitación; era coqueta, hábil y se movía con una facilidad asombrosa, pero además su carácter alegre, aunado a esa seguridad que proyectaba, funcionaba de imán por lo que amigos jamás le faltaron. La gente incluso se detenía cuando lideraba a varias chicas más en rutinas completas que le costaba semanas crear. Era muy buena, demasiado. Pero no podía dedicarse a eso de lleno por mucho que lo deseara, ella lo entendió así cuando a los quince llegó la noticia. Sin quejarse, sin chistar de su suerte, decidió enfocar sus energías en algo más y qué bien lo hizo.

Kristián era una joven brillante y excepcional, muy diferente al prángana² de su padre y ni que decir de su madre, que no supo ser lo que esa pequeña necesitaba cuando la trajo a este mundo.

—Solo no te exijas de más, yo estaré bien, muñequita —le pidió. Kristián asintió, esa mujer la conocía mejor que nadie y sabía que, desde que enfermó, lo que hacía era para que estuviera mejor, que viviera tranquila. Le debía todo, así que ahora ella sería quien le devolvería lo dado.

—¿A qué hora se fue Dulce? —cambió de tema con esa sonrisa tan suya.

—En cuanto me acosté, vio la novela conmigo y luego se despidió —explicó despacio. Esa mujer era la enfermera que tenía para que la cuidara por el día y regularmente por las noches, pero en esa ocasión avisó que tenía un compromiso. La contrató en cuanto logró dar con ese trabajo que le cayó del cielo gracias a las recomendaciones de Graciela, amiga de Caro y profesora de la maestría.

Charlaron un poco y luego se marchó a su dormitorio. Se puso un pijama de pingüinos morados, se quitó el rímel, se lavó los dientes, preparó su atuendo del día siguiente entreteniéndose un poco en la labor pues por lo que veía era urgente ir de compras; eligió un vestido azul marino de manga corta discreta, cuello redondo y talle formal ajustado. Unos zapatos altos marrón y listo.

² Pobre.

Sonrió. Sí, ese iba perfecto para comenzar su verdadero trabajo; lidiar con aquel energúmeno que tenía cara de ángel. Se encogió de hombros divertida y se metió bajo las cobijas soltando un suspiro. Todo iría bien, debía ir bien.

Por la mañana llegó antes que los demás, como solía. Entró a toda prisa no sin antes dejarle al guardia de la entrada ese pastelillo de nuez que le prometió si su equipo de fútbol ganaba el partido del domingo. Mantenía, en el poco tiempo que tenía laborando ahí, una buena relación con la mayoría de sus compañeros. Era de carácter fácil, sonriente y siempre muy amable.

Una vez que estuvo en su nuevo lugar de trabajo, comenzó a acomodarlo todo. Las carpetas, verificar que la sala de juntas estuviera lista, solicitar que las copias fueran sacadas de inmediato y que a los del departamento de informática les hubiese llegado la información para que la proyectasen como era debido y de ese modo todo estuviera dispuesto para recibir a los dueños de aquella cadena.

—¿A qué hora llegaste, Kris? —preguntó Caro notoriamente agotada, incluso un poco pálida. La joven sonrió observándola, curiosa.

—Hace unos minutos. Oye, no traes buena cara. ¿Te sientes mal? —indagó dejando de revisar la *tablet*. La rubia asintió frotándose su pequeño abdomen.

—Sí, es solo que no dormí bien, me duele la cadera... —murmuró fatigosa. Kristián enarcó una ceja ladeando la cabeza al tiempo que miraba cómo se sentaba lentamente sobre la mullida silla que se encontraba frente a su escritorio.

—No creo que eso esté bien. Deberías haberte quedado descansando —dijo. Caro rodó los ojos observando lo que había en el ordenador y sonriendo al notar que al parecer ya todo estaba como debía. Esa chica sí que era eficiente.

—Como si eso fuera posible justo ahora, hoy. Cristóbal me mata... Es un día importante —reviró. Kristián torció la boca pensativa.

—Dejé todo listo, tú descansa... Yo me encargo. —Le guiñó un ojo sorbiendo su té. La asistente principal la observó asombrada.

—¿Terminaste? Era muchísimo... —expresó con los ojos bien abiertos. La joven se encogió de hombros frunciendo la nariz.

—No era tanto. Además, sabía lo que tenía que hacer. —Caro cerró los ojos frotándose el puente de la nariz con los dedos.

—Es un buen hombre, te lo juro... Pero no es ni la sombra de lo que solía. Espero puedas tener paciencia, verás que no es tan duro como parece y aprenderás mucho a su lado —lo disculpó. Kris se ubicó a su lado, en el escritorio, recargando la cadera sobre la superficie de cristal.

—No te preocupes, Caro. Todo irá bien. No soy una niña, haré lo que deba y todo saldrá perfecto. No te agobies, yo creo que eso es lo que te tiene así.

—Puede ser. Pero es mucho trabajo. Demasiadas cosas, pendientes, idas y venidas, en fin. Sé que todo irá como dices —secundó y sonrió acomodándose un mechón tras la oreja—. ¿Estás lista para empezar de verdad? —La desafió frotando su barriga, lo hacía todo el tiempo, cosa que a la joven la enternecía.

—Sí, de hecho, iré a ver las carpetas antes de que llegue para poder entrar a tiempo. — Dicho eso se alejó a paso veloz, pero sereno. Caro negó fatigada. Esperaba que Cristóbal no se lo pusiera difícil, podía ser una pesadilla cuando se lo proponía y rogaba porque el día transcurriera sin errores.

Llegó como siempre, a la hora exacta; nueve en punto. Entró serio, con aquel gesto imperturbable que lo caracterizaba generando miedo y respeto por donde pasara. El equipo que laboraba en la dirección ya se encontraba ahí. Las tres lo saludaron con formalidad para un momento después entrar, sin decir más, a su despacho.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Carolina que iba tras él y a la que notó, en cuanto la vio, algo decaída.

—No dormí bien. Pero todo está listo para la junta —respondió. Su jefe sonrió complacido al tiempo que se servía café.

—Lo sé, sabes hacer tu trabajo como nadie —la aduló acercándose a su asiento— Hablando de trabajo... ¿Dónde está la «jovencita estrella»? —La rubia rodó los ojos. Dios, era odioso cuando se lo proponía.

Alguien llamó a la puerta. Roberto abrió con el celular en la mano. Era ella. Sonreía relajada alisándose ese vestido que le quedaba como un guante a su esbelto cuerpo, le llegaba justo por debajo de las rodillas y no mostraba casi nada de piel. Aun así, algo se removió en su pecho. Sorbió su café mirándola por encima de la taza. No lucía ni un poco nerviosa, ni amedrentada, ni nada. Eso lo irritaba, irradiaba tranquilidad, serenidad, felicidad.

—Aquí la tienes —señaló Carolina frotándose la frente—, y fue ella quien lo preparó todo —aclaró notando como la miraba entornando los ojos.

La mujer dejó salir un suspiro cansino. Jamás cambiaría, desconfiaba de todos y no le daba crédito a nadie. Lo cierto era que incluso sentía pena por lo que el futuro le podía deparar si no se daba la oportunidad de volver a sentir, de volver a vivir, de volver a... reír.

—Buenos días. Lamento la demora. Todo está listo para la junta y... —anunció acercándose a ellos un poco dudosa, pero incongruentemente segura.

—Y llega tarde. Son las nueve y cuarto. La junta comienza a las nueve y diez. ¿De acuerdo? —la interrumpió Cristóbal, imperturbable. Kristián se detuvo pestañeando. Guau, ese hombre vivía de mal humor, aunque debía admitir que se veía igual de atractivo que todos los días, solo que en ese momento lo podía ver más de cerca y fresco por la hora que era. Su fragancia masculina viajaba por todo el lugar y fue lo primero que detectó al entrar. Colocó sus manos unidas frente a su cadera intentando esconder su nerviosismo.

—De acuerdo, señor —respondió solemne. Cristóbal apretó los dientes. ¿Por qué siempre que le reviraba detectaba un deje de burla? Era como si le diera por su lado a un pequeño caprichoso que exigía un caramelo.

—Toma asiento. Carolina, dale la *tablet*. Quiero el plan del día y los informes de los departamentos. Los correos, citas y en media hora los documentos que firmar —solicitó enérgico. Kristián tomó el aparato de las manos nerviosas de su mentora y comenzó a mover el dedo con maestría por la pantalla táctil. Con sus piernas cruzadas, su espalda erguida y su cabello recogido de aquella manera, lucía demasiado inexperta, demasiado joven y demasiado... alegre.

Alzó la vista con una sonrisa eficiente, ya tenía todo dominado. Sus ojos chocaron como si un asteroide se estampara de lleno contra la Tierra. La sensación fue fuerte, abrasante y extraña, desconocida en realidad. La piel se le erizó de inmediato, así como fue consciente de hasta la última célula que en su organismo existía.

—¿Encontraste la información? —Deseó saber Carolina removiéndose incómoda en la silla, a su lado. Esos ojos verdes pestañearon rompiendo el contacto de golpe demostrando, por un segundo, sorpresa. Asintió atolondrada para enseguida comenzar a recitar con total conocimiento todo lo que su jefe le exigía. Roberto salió unos minutos después, ya que había recibido la información necesaria, y el trío continuó con su labor.

La asistente no podía creer que dominara a tal grado todo, pero lo agradecía infinitamente pues Cristóbal no chistó ni una sola vez, aunque tampoco la miró, simplemente se limitó a perder la vista en su ordenador y a asentir con rostro inescrutable. Cuando todo estuvo listo ambas se levantaron.

—No quiero errores con esos hombres, sabes que son un hueso duro de roer y por la tarde debo tenerlos en mis manos —advirtió Cristóbal a la rubia.

—Está todo bajo control —intervino Kristián con voz segura. Cristóbal la observó indiferente.

—No espero menos, esa es la razón por la que está aquí. Pueden retirarse —ordenó. Los dos salieron un segundo después.

El hombre permaneció con la vista clavada en la puerta por varios minutos, algo molesto e intentando controlar ese carácter que afloraba con tanta facilidad y mucho más con esa joven que sonreía apaciguada todo el tiempo. No le gustaba su manera, su... ¡Mierda! Lo irritaba y lo atraía en la misma proporción. Negó recargando la cabeza en la mullida silla de piel negra.

Eran unos meses, solo un tiempo y luego no quedaría ni una puta huella de su paso por su vida. Su puesto no interferiría en lo absoluto con la Dirección, así que debía tomárselo con calma, después de todo el que no la soportara no era culpa de esa joven que parecía que nada la perturbaba, sino suya y de su amargura. Aun así, sería difícil, muy difícil, porque su frescura le hacía recordar lo que jamás volvería a ser; un hombre libre desde el centro, capaz de volver a vivir sin más. No, eso nunca regresaría, lo hizo una vez y el precio fue mucho más alto de lo que jamás se podría perdonar.

La junta transcurrió sin fallos, tal como a él le gustaba y gracias a ello Grupo Nord-Sud era dueño de aquella cadena restaurantera.

—Lo hiciste de maravilla, Kris —la felicitó Carolina quitándose una leve capa de sudor de la frente con el dorso de la mano. La nueva asistente asintió sonriendo. Sí, todo fue mejor de lo que creyó. Manejó sin problemas la información y pudo intervenir un par de ocasiones en las que Cristóbal la quiso probar, con éxito, pero al ver a su mentora, su expresión cambió de inmediato.

—¿Qué te sucede? —preguntó preocupada. La rubia estaba pálida y andaba de forma lenta.

—No... no sé, me duele la espalda —logró decir y acto seguido se recargó en un muro abriendo los ojos asustada. Kristián no lo pensó mucho. La aferró por la cintura con fuerza.

—Tranquila... —soltó perpleja. Cristóbal iba saliendo de la sala de juntas cuando vio la escena unos metros adelante. De inmediato se acercó y la tomó en brazos sin problema.

—Me duele —lloriqueó la rubia. El hombre asintió temeroso, mirando ansioso a Kristián que, aunque agobiada, no temblaba. Tenía el celular ya en la oreja y los seguía. Escuchó que solicitaba una ambulancia con voz firme, después, ordenó a Blanca que mojara algún paño y a Jimena que fuese por agua. Carolina aferraba su abdomen gimiendo cuando él la depositó sobre el sofá de su despacho. Kristián se acercó segura, sujetó su barbilla e hizo que la mirase.

—Respira, sígueme. Vamos, Carolina, es importante —ordenó. La mujer asintió con lágrimas en los ojos.

—No quiero que le pase nada, Kris —sollozó. La chica negó con firmeza.

—Nada pasará. Pero ayúdame, anda, respira como yo lo hago —repitió. Y ahí, frente a su jefe, ignorándolo, por un segundo la miró fijamente mostrando una fortaleza asombrosa y guiando a la embarazada a seguir sus pulmones. Las chicas llegaron casi un minuto después, puso el trapo húmedo sobre su frente sin perder contacto visual, dándole la certeza que esa pobre mujer necesitaba en un momento tan complicado. Luego le acercó el agua permitiendo que solo le diera traguitos.

—Busca a su marido y dile lo que ocurre, se irá al hospital Ángeles —habló con suavidad, pero firme. Jimena asintió saliendo de prisa. Caro chillaba, se encontraba muy nerviosa, Kristián miró de reojo a su jefe que estaba a menos de un metro con el celular en la oreja, hablando con Roberto y moviendo los hilos de todo para el ingreso de su asistente; su voz era controlada, fría, sin embargo, no retiraba sus ojos de la rubia.

Los paramédicos llegaron casi enseguida.

—¿Quién la acompaña? —preguntaron, mientras se la llevaban. Todo ahí era una revolución. Cristóbal alzó la barbilla sin titubear.

—Yo iré con ella. —Se giró hacia Kristián, serio—. Quedas al mando, no quiero fallos, señorita Navarro —advirtió. La joven le sostuvo la mirada serena, aunque retorciéndose los dedos debido a su amiga.

—No los habrá —confirmó con aplomo. Él asintió y tomó su saco—. ¿Podría... avisarme cómo sigue todo? —Se atrevió a preguntar en voz baja. El hombre se detuvo dándole la espalda, respiró hondo aún alterado por todo lo ocurrido, pero sobre todo por la forma de enfrentar el asunto de esa mujer que le generaba tantas sensaciones contradictorias.

—Roberto le informará —respondió y salió dejándola ahí, en medio de ese enorme y frío lugar.

Las siguientes horas pasaron entre papeleo, tomar llamadas, reagendar algunas citas y verificar transacciones. El guardaespaldas llamó tres horas después de todo aquello, ya la habían estabilizado e iban de regreso; ella y el bebé estarían bien, pero debía mantener reposo absoluto a partir de ese momento. Al escuchar aquello Kristián se quedó con el auricular en la mano asimilando la noticia. Se lo pegó a la frente cerrando los ojos y llenando sus pulmones de todo el oxígeno posible. Ahí empezaba su labor.

—¿Qué te dijeron? —quiso saber Jimena, agobiada. Colgó sonriendo nerviosa.

—Ella estará bien, pero... no regresará durante el resto del embarazo —anunció. Sus compañeras abrieron los ojos, azoradas. Sacudió la cabeza asumiendo que su trabajo de lleno con ese energúmeno comenzaba en ese mismo instante—. Si desean, al salir pasamos a visitarla, por ahora necesito que confirmes, Jimena, la estadía en Quebec, es en dos semanas, iré yo. Y tú, Blanca, verifica que todo lo referente al seguro de Carolina esté en orden, no queremos sorpresas ahora... —ordenó con suficiencia. Acto seguido se sumergió en el

ordenador que desde ese momento asumió como suyo. Las jóvenes la obedecieron sin chistar, ya sabían que ese día llegaría, más nunca que fuese tan pronto.

3

Aniquilante

Cristóbal conducía pensativo. No fue fácil todo lo ocurrido las últimas horas. Se alegraba de que Carolina estuviera bien, aunque no tanto de lo que vendría. Resopló hastiado; esa joven tendría que ser su mano derecha a partir de ese momento y eso le ponía los vellos de punta.

¿Qué tenía que lo ponía tan ansioso? Estaba acostumbrado a las lindas piernas, a esos cuerpos esbeltos, aunque al de esa chica le faltaban curvas. Al darse cuenta por dónde iban sus pensamientos le dio un golpe al volante. Eran unos malditos meses, luego la mantendría muy lejos. Esa sonrisa fresca que solía tener lo irritaba, así como su vitalidad, su suficiencia, por no mencionar su manera frontal de encararlo. Encendió la música y dejó la sexta sinfonía de Chaikovski inundar sus sentidos y lo calmara. Tenía toda la tarde por delante y mucho que hacer, así que más valía que se relajara.

Al llegar todo lucía tranquilo y en orden. Enarcó una ceja escrutándola con indolencia, pues pese a que las otras chicas se irguieron en cuanto lo vieron, ella permaneció absorta en su labor.

—Señorita Navarro —la llamó. Sus ojos marrones se alzaron de inmediato. Sonreía, qué raro. ¡Agh!, apretó los puños—, debemos ver algunas cosas —indicó y un segundo después desapareció tras la puerta de su oficina.

Kristián resopló al tomar la *tablet* mientras sus compañeras le mandaban con gesticulaciones sus condolencias. Se acomodó el vestido con movimientos divertidos y de nuevo las vio arqueando las cejas. Ambas rieron al notar su actitud fresca, Jimena le guiñó un ojo sonriendo.

Ingresó sin tocar, ahí comenzaba todo.

—Tome asiento —soltó aquella voz glacial sin observarla, leía algo en el ordenador.

—Me dijo Roberto que ya pasó lo peor con Caro y el bebé, pero que deberá guardar reposo. —Cruzó su pierna, lista para acatar órdenes. Cristóbal dejó vagar la mirada hasta ella. No parecía nerviosa, mucho menos asustada, como cualquier otra lo estaría.

—Veo que está muy bien enterada y que también tutea a mi jefe de escolta. —La joven frunció el ceño ladeando un poco la cabeza.

—No sabía que debía hablarle de «usted» y sí, estimo a Carolina, por lo mismo me mantuve informada. —El hombre entornó los ojos recargándose en su asiento, estudiándola con fiereza.

—Gracias a ella tiene este trabajo... Así que espero haga las cosas como las ordene, no admito errores y no soporto la impertinencia. —Kristián asintió sin inmutarse, tranquila.

—Eso ya me lo había dicho, señor Garza, y no, no se me olvida que gracias a ella estoy aquí... —confirmó ligera. Él apretó los puños y la quijada.

—¿No le parece que es un poco insolente? —Se encaró con rabia.

—¿No le parece que me juzga sin conocerme? Solo deseo hacer bien mi trabajo —zanjó sería.

—Para eso se le paga, no para que la «conozca» —refutó.

—Exactamente, y eso pretendo hacer... mi trabajo —reviró. Cristóbal se levantó furioso, ¡¿cómo se atrevía?! Colocó ambos brazos sobre el escritorio y se acercó a ella peligrosamente. Kristián tembló, pero no se lo demostró, no era de las que huían y estaba acostumbrada a tratar con personas «difíciles».

—Escúcheme muy bien, señorita Navarro, porque no lo repetiré, usted es una empleada más y no tiene el puesto asegurado, así que cuide muy bien cómo se dirige a mí, soy el dueño y director general de todo esto, además de su jefe, y no soporto este tipo de atrevimientos —rugió amenazante. La joven entornó los ojos sin soltar su iris oliva, lleno de ira contenida. ¿En serio era tan amargado?

—Sé muy bien quién es usted y el puesto que ocupo, señor Garza, pero usted lo ha dicho; soy su empleada, no su esclava... y tampoco me agrada que me traten como si lo fuera. Lo respeto y pido lo mismo —alzó la barbilla desafiante—. Si dije algo que lo molestara lo lamento, pero usted no ha sido el más cortés conmigo. Y ya que hablamos claramente, le diré que me doy cuenta de lo mucho que lo irrita mi presencia, el que Caro me eligiera, así que si lo que desea es que deje esto, solamente debe decírmelo y nos ahorraremos muchas situaciones incómodas, pero...

—¡Basta! —Bramó irguiéndose más—. Usted se queda aquí y cumple el contrato. No quiero más este tipo de tonterías. ¿Estamos? —sentenció. Kristián deseaba darle un buen golpe justo en la nariz, en cambio, sonrió asintiendo obediente. Era inútil tratar con un hombre así; terco, lleno de odio y duro.

Cristóbal, descolocado por reaccionar de esa manera, a la que ya no estaba acostumbrado, se sentó guardando la compostura. De alguna manera se sentía alerta cuando esa joven estaba a su alrededor. Un maldito interruptor se accionaba y sentía la lengua afilada, lista para atacar. Debía dominarse, hacerlo como lo había hecho durante años, sobre todo los últimos dos. Sentir no servía de mucho, no cuando eso podía herir a los que más amaba, o a sí mismo.

—La agenda hoy de... Informes de los departamentos y negociaciones, está lista. — Kristián comenzó a hablar de forma profesional mientras él la escuchaba.

Lo que restó del día lograron no confrontarse y pasar las horas trabajando de forma sincronizada. Lo cierto es que ambos parecían estar haciendo un esfuerzo para que las cosas fluyeran; miradas, morderse la lengua, escuchar, todo era con la intención de no generar otra discusión.

Por la noche las chicas y ella pasaron por el hospital. Kristián iba a tocar y al hacerlo la puerta se abrió, no alcanzó a retroceder cuando se estampó de lleno con aquel enorme cuerpo.

Los suspiros preocupados de sus amigas le hicieron saber de inmediato que sí, era él.

Cristóbal reaccionó enseguida aferrándola por los brazos para que no cayera, ella reía por algo, distraída obviamente, así que no se percató de nada hasta que tuvo aquel pecho pegado al suyo. Abrió los ojos, atónita, nerviosa, sus rostros estaban a unos centímetros y sentía esos grilletes firmes alrededor de sus antebrazos.

—No lo vi —admitió con la saliva espesa. El silencio ahí fue incómodo y aún más su gesto hostil, contenido.

—Le aconsejo mirar al frente cuando camine —refunfuñó soltándola y alejándose enseguida. Kristián no pudo moverse por un par de segundos. Sentía su tacto sobre sí de forma ardiente, su aliento fresco acarició su rostro y su ancho tórax muy cerca del suyo. Las palmas le sudaban mientras pestañeaba intentando recuperar la compostura. No se impresionaba con facilidad, pero ese hombre lograba con un ademán sacarla de su centro y eso... eso no le agradaba en lo absoluto.

—¿Se habrá enojado? —intervino Blanca con un hilo de voz sacándola de su ensoñación, de sus pensamientos. Kristián giró reaccionando, se encogió de hombros con su típico desgarbo y le sonrió.

—Así vive, así que no será novedad —bromeó aligerando el ambiente, arrancando risas de sus compañeras.

Cristóbal subió al auto, rabioso. ¿Por qué debía topársela ahí también? Peor aún, chocar con ese cuerpo menudo, cálido, lleno de ese olor femenino, suave, ligero, que lo venía persiguiendo toda la tarde. Todavía sentía su aroma en su sistema, su pecho angosto pegado al suyo, su suave piel trigueña bajo sus palmas. Su mirada almendrada lo atrapó sin que lo pudiera evitar, emanaba frescura, vitalidad, alegría. De inmediato su estado de ánimo se sintió embestido por esa actitud tan optimista. Se llevó la mano al puente de la nariz. Esa chica le provocaría dolores de cabeza, lo sabía, lo veía venir, pero no estaba en posición de hacer ningún cambio, no con Carolina así y por otro lado, en las horas de trabajo demostró tener una habilidad y disposición incuestionables, dominaba cada tema, por mucho que intentó hacerle ver que no era así, la joven no cedía y daba las respuestas correctas, acertadas, tenía iniciativa y parecía que su energía era interminable.

Arrancó hastiado, nadar un rato en la piscina del *pent-house* e ingerir algo ligero seguramente lo pondrían de mejor humor después de ese día tan largo.

La mañana siguiente llegó ciertamente más relajado, aunque eso duró poco pues aquella risa sutil lo alertó de inmediato. Apretó los puños y continuó su recorrido con Roberto a un lado. Aquel espacio donde se encontraban las tres chicas se sentía extrañamente alegre, como si tuviese color.

—Buenos días —dijo pasando frente a ellas. Kristián sujetó su *tablet* y lo siguió acomodándose el flequillo y el chaleco gris claro que hacía juego con el pantalón.

Cristóbal siguió su rutina siendo muy consciente de su presencia. De nuevo, en cuanto la escuchó, los interruptores se activaron, pero todo fue peor al verla enfundada en ese pantalón,

con el cabello suelto y esa sonrisa que comenzaba a detestar. Su cuerpo, sin previo aviso, quiso reaccionar de una forma estúpida y sentir esas piernas en torno a su cintura se convirtió en urgencia. Apretó los dientes mientras se servía café. ¿Qué carajos le pasaba? Se sentía primitivo, un jodido quinceañero. Se quitó el saco, se acomodó en su asiento y comenzó la junta sin decir más. Un minuto después salió Roberto.

—Estoy abriendo el reporte, ¿me puede explicar que es esto? ¿Modificó el formato? —gruñó notando varios cambios en el análisis diario. Kristián asintió optimista, con esos alegres ojos titilando.

—Caro me dijo que, si lo veía pertinente, lo hiciera. Creo que era necesario, había información que quedaba excluida —explicó. Era cierto, pero que se tomara esa atribución con apenas un día de ocupar el puesto le molestó.

—Entienda una cosa, aquí todo se me consulta primero... No está para tomar decisiones —expresó con firmeza. Ella se levantó sacudiendo la cabeza. Sabía que eso pasaría, pero no tenía problema en explicarle. Y así lo hizo, dejó su *tablet* sobre su asiento y se acercó a él. Cristóbal no supo qué hacer, campanas de alerta comenzaron a sonar, tanto, que estaba seguro de que se quedaría sordo. ¿Qué diablos hacía? La joven rodeó su escritorio y se colocó a su lado agachándose levemente. Ese maldito aroma se hizo más intenso cuando ella señalaba el monitor y le iba explicando serena lo que había hecho. Controlando todo su ser, logró oírla sin saltarle encima o gritarle.

—Es por eso por lo que lo hice, lamento haberme tomado el atrevimiento, señor Garza, pero esta información es importante tenerla más visible.

Había girado levemente el rostro en su dirección. Ambos quedaron en silencio unos segundos en los que se observaron atentos, estudiado sus facciones con detenimiento, dejando de respirar incluso, notando como el aire ahí se tornaba espeso y la tensión sexual escalaba varios peldaños, moléculas rojizas podían incluso escucharse. De pronto el nudo de la corbata se sentía muy apretado y el chaleco lo sentía ceñido a sus costillas.

El sonido del teléfono los sacó de aquel trance. Kristián fue la primera en reaccionar, de inmediato regresó a su sitio sintiendo las mejillas encendidas, mientras Cristóbal respondía la llamada de su celular.

—¡Pulga! ¿Fabiano te dio un respiro? —Al escucharlo hablar así quedó perpleja, ya no era ese hombre lleno de rabia, de ira contenida, sino dulce y cariñoso, incluso su expresión se suavizó logrando que cada facción resaltara aún más, mostrando a alguien asombrosamente más atractivo, más joven. La saliva se tornó espesa, no lograba recuperarse y las manos le temblaban—. Espera, Andrea. —Su mirada de nuevo hostil se posó sobre ella de forma gélida—. No vuelva a tomarse esas atribuciones, cualquier cambio primero lo discutimos... Puede retirarse —la despidió alzando una ceja con prepotencia. Todas las sensaciones se replegaron guardándose en aquel extraño lugar de donde habían salido y se levantó asintiendo, sonriendo.

—Así será, señor. —Se dio media vuelta y avanzó serena, consciente de su mirada sobre sí. No sabía qué estaba ocurriendo, lo cierto era que no estaba en lo absoluto acostumbrada a sentir esa atracción por alguien, nunca, no así. Necesitaba chocolate, sí, eso era lo que debía conseguir. Así que sin más fue a buscar uno, como cada vez que algo la alteraba.

Por la tarde tuvieron que asistir a un par de juntas, sus intervenciones fueron acertadas, por no decir que sus modales eran irreprochables y con su sonrisa aligeraba de inmediato el ambiente pues rompía el hielo sin problema.

—Parece dominar las relaciones publicas —soltó Cristóbal mientras conducía de regreso a la empresa. Ya eran las ocho, Kristián se moría de hambre, eso sin contar que debía estar a las nueve en el ensayo. Su colonia la tenía mareada, un tanto perdida si era sincera. Giró intrigada.

—No tengo problemas en conversar, a mí sí me gusta conocer gente nueva —refutó esperando su respuesta. El hombre notó el desafío en su voz.

—«¿A usted sí?» A este trabajo no viene a hacer amigos —le advirtió virando a la izquierda, estaban ya a un par de cuadras de la empresa.

—No, pero sé que obtenerlos no está penado en el contrato laboral —refutó. De inmediato la encaró perforándola con sus ojos oliva.

—Tiene una lengua demasiado filosa y debe tener cuidado si no quiere toparse con respuestas descorteses —le advirtió con tono agrio. La chica sonrió importándole poco.

—Y usted no pierde oportunidad para menospreciar lo que hago... Así que lo mismo le digo, el que sea mi jefe no me convertirá en una dejada —reaccionó. De pronto aceleró y de un movimiento aparcó el auto en una acera dejándola muda, nerviosa. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se acercó hasta su rostro amenazante. Sus alientos chocaron, sus pulsos se podían escuchar desbocados. Cristóbal observó sus labios, cubiertos por un poco de bálsamo, con cruda lujuria.

—No me sigas provocando —rugió y se acercó un poco más—, nada bueno sacarás de ello... Te lo advierto. —Sus palabras derramaban ácido, aun así, Kristián no se amedrentó ni un poco pese a que sentía el pecho comprimido.

—Solo me defiendo —argumentó con un hilo de voz dejando que su aliento fresco entibiara un poco el alma ardiente de ese hombre que se hallaba casi sobre ella, con ambas manos a los costados de su cadera.

—No te ataco —zanjó clavando su mirada en la suya—. Eres adulta, yo también, nada obtendrás, nada. —La joven tragó saliva con dificultad, lo cierto era que moría por saber cómo se sentían esos labios delineados e impresionantemente masculinos sobre los suyos. Sin embargo, no se reconocía, no entendía lo que le sucedía.

—Solo quiero hacer bien mi trabajo —balbuceó.

—Entonces hazlo y deja de cruzarte por mi camino.

—No lo puedo evitar... Soy su asistente —contraatacó. El hombre entornó los ojos, esa chica no se intimidaba con su presencia, tampoco con sus palabras, eso era completamente nuevo, demasiado.

—Comprendes a lo que me refiero, yo solo sé destruir. Estás advertida. —Se alejó ágilmente y reanudó la marcha del auto como si nada hubiese ocurrido.

En cuanto apagó el motor un par de minutos después, ella descendió sin esperar mientras la observaba andar nerviosa.

—¿Todo bien, señor? —preguntó Roberto a su lado. Cristóbal asintió sin despegar la vista de esa mujer que cruzaba el umbral como si nada le hubiese dicho. ¡Con una mierda! La deseaba, la deseaba demasiado y más valía que encontrara la manera de reprimir eso que

bullía cada vez que la sentía cerca. Tenía una cena y aunque sabía que no sacaría de su mente lo sucedido hacía unos segundos, por lo menos no estaría con el humor tan ahogado como en ese momento.

—¡Vamos! —gritó. Un aplauso estruendoso resonó en el salón. La música a volumen alto permitía escuchar las órdenes de Kristián—. Manuel, con más fuerza, así —pidió y le mostró moviéndose con ligereza por el piso recientemente laminado, generando un ruido sordo al mover un pie, luego el otro y desvanecer su cuerpo con rudeza. El muchacho asintió imitándola—. ¡Otra vez, vamos!

Los veinte chicos comenzaron a moverse al ritmo de la música, con una coreografía perfectamente sincronizada mientras ella los guiaba haciendo exactamente lo mismo observándolos desde el enorme espejo que rodeaba el aula de baile en El Centro que logró fundar para crear un espacio sano para los jóvenes en situaciones difíciles. El lugar donde se ubicaba no era una colonia peligrosa, como tantas otras, sin embargo, vivir la tristeza, los vacíos, no era exclusivo de ciertas clases y ella de alguna manera había logrado dar con cada uno de esos muchachos, con amigos que la ayudaron a organizarlo todo y crear un espacio donde se crearan esculturas, pinturas, danzas y salas de lecturas en las que quienes desearan participar pudieran hacerlo.

Durante el día era una especie de escuela para ayudar a tener oficios sencillos: maquillistas, corte, confección, carpintería. Por las tardes y hasta las once de la noche, era exclusivo para el arte y como muy pocos lugares, el gobierno los respaldaba invitándolos a eventos o exponiendo lo que hacían.

No era ella la encargada de todo eso. Una pareja acaudalada y dos mujeres más, exitosas en sus profesiones, habían escuchado de sus labios aquella iniciativa cuando apenas llevaba dos años de universidad. Un profesor oyó sobre el proyecto al presentarlo en su clase. Casi de inmediato movió sus contactos pues le pareció adecuado, certero, loable y consiguió aquella cita para que lo expusiera con gente que podía hacerlo realidad.

Con ayuda de Paloma y Andrés, sus mejores amigos, lo preparó todo y logró que adoptaran la iniciativa. Desde ese día surgió, en ese sitio que, si bien no era marginado, ni de extrema pobreza, un lugar para ocupar a jóvenes de forma productiva y así evitar que se metieran en situaciones comprometidas.

El Centro, además, gracias a la ayuda gubernamental y de labor social de algunos psicólogos y personas que quisieran colaborar, lograba ayudar de forma más eficiente en cada caso, pues unos corrían con mejor suerte que otros.

Kristián ahí encontró una fuga a toda esa energía que corría vertiginosa siempre por su cuerpo y que no podía dejar salir como sueño. Ser la responsable del área de danza mixta era uno de sus más grandes motivos, lo más cercano a lo que deseó. Mover los pies al ritmo de una tonada era como flotar, como ser otra persona y lograr probar las nubes una por una, sintiendo el vapor arremolinarse sobre su rostro y la felicidad envuelta en seda justo en sus manos. Podía crear coreografías casi de cualquier cosa y adoraba empezarlas desde cero.

Lo que más éxito tenía ahí era el *dance pop* con mezcla de otros géneros como rap, cumbia, salsa, en fin, todo lo que diera para moverse sin cesar, pues ambos sexos se atrevían a entrar

y ser parte del *ensamble* y era así como creaba grupos grandes, con ambientes llenos de risas y confianza absoluta.

Mientras seguía la rutina, no podía dejar de pensar en sus palabras, por mucho que se sumergió en eso que lograba hacerla olvidar lo que fuera, no podía dejar de evocar su cercanía, la manera en la que su voz se tornó ronca, áspera, la forma en la que su proximidad despertó cada célula de su cuerpo, vaya, si hasta fue consciente de cada cabello, de cada poro. «Solo sé destruir» ¿En serio eso creía? Sacudió la cabeza por milésima vez al ver que uno de sus alumnos perdía la sincronía.

—Gabo, gracias a ti, va otra vez —ordenó. Los abucheos no se hicieron esperar, aun así, obedecieron de inmediato. Todos ahí la respetaban y hacían caso. Kristián simplemente se sentía cómoda y segura en ese lugar que era como su segundo hogar, aunque ese día nada era como solía y eso la tenía demasiado alterada.

Durmió poco. Dio vueltas y vueltas sobre la cama hasta que, bufando, decidió ponerse a hacer algo de provecho. Prendió su *tablet* decidida a trabajar, sin embargo, se encontró tecleando el nombre de ese hombre en el buscador. Más resultados de los que hubiese deseado aparecieron, le dio una mordida al chocolate que sacó del buró y abrió el primero.

Propiedades, fortuna, empresas... Todo lo que fuera cuantificable y contable, ahí se hallaba, no obstante, deseaba saber más. Siguió y siguió, fotos de su hermana, incluso del marido de ella. Y de pronto dio con algo más. Un reportaje independiente, ahí se narraban cosas verdaderamente aberrantes, espantosas y hacían parecer a Cristóbal Garza como un hombre pusilánime, que por una mujer hundió su familia.

Interesada, continuó. Estuvo casado, cosa que ya sabía, y su exesposa pasaría el resto de sus días en prisión por lo que hizo. Desplazándose por el escueto documento, fue de sorpresa en sorpresa. La tragedia azotó una y otra vez bajo su techo sin que lo viera, sin que lo sospechara, sin que previera y esa mujer destrozó textualmente la vida de su hermana que quedó huérfana al igual que él. Muchos años después lograron salir de todo aquello.

Pestañeando una y otra vez, siguió atenta. Se hablaba del juicio, de lo que tuvieron que pasar lo hermanos Garza gracias a esa malévola mujer.

Recordaba aquello, aunque no con total claridad pues su abuelo murió por esas fechas, aun así, ciertamente fue algo que sonó bastante; la mujer moriría en prisión y nadie pudo dejar de hablar sobre el alacrán con el que estuvo casado Cristóbal Garza por más de diez años.

¡Diez años! Se recargó en las almohadas, asombrada. Cerró la *tablet* y le dio otra mordida al chocolate. La mayoría de lo que ahí decía debía ser mentira, sin embargo, ella estaba en prisión, eso quería decir que vivió todo ese tiempo con la mujer que acabó con su familia y no lo supo hasta que todo salió a la luz... ¿Lo de su hermana sería real?

Dios, eso parecía salido de una película de terror, de esas que enchinan la piel. Observó las telas de colores pálidos que se encontraban en el techo, las tenía ahí desde hacía años y le fascinaba verlas colgar en ondas ligeras simulando algodones de colores, la calmaban, la invitaban a soñar, por eso las puso ahí, desde pequeña la energía que poseía la rebasaba y era muy difícil sosegarla.

De pronto vio la envoltura en su mano, se dio un pequeño golpe en la frente. Claro que comiendo chocolate menos lograría pegar ojo. ¡Ah! Eso a veces le ocurría, pero es que ese maldito día no fue nada común y no veía cómo organizar esa marea de sensaciones que sin percatarse ni comprender por qué, despertaron, así, sin más.

Ladeó la cabeza negando. Ni siquiera el estúpido de Gerardo generó algo cercano en su interior. Su piel se activaba como si pétalos la rozaran, sus latidos se asemejaban a los de aquella máquina que perforaba concreto³ y sus pulmones se convertían en esporas listas para recibir aquel olor impresionantemente masculino. No, Gerardo fue solo algo que para su buena suerte no continuó, pese a que creyó estar completamente enamorada por primera vez en su vida, sin embargo, su actitud después le dejó bien claro qué clase de hombre era; odiaba la cobardía y él fue el vivo ejemplo.

Llegó justo a tiempo a la empresa, el despertador no sonó y gracias al insomnio no se levantó sola, como solía. Saludó al guardia, apresurada. Quedaban cinco minutos para las nueve, su jefe no debía tardar en llegar. No quería otro enfrentamiento como el del día anterior. Acatar órdenes y no dejar salir todo lo que pensaba era la única manera que creía en la que todo se acomodaría, las sensaciones se replegarían y entonces su equilibrio emocional retornaría.

Abrió el elevador al fin, junto con ella varios más ingresaron. Al llegar a su destino lo vio avanzar con su guardaespaldas justo a un lado. Cerró los ojos, relajó su rostro y anduvo unos metros tras ellos de forma casual. Roberto enseguida se percató de su presencia y la saludó inclinando la cabeza educadamente.

—Buenos días —murmuró sonriendo.

Cristóbal no se giró, pero de inmediato fue consciente de su cercanía. La cena terminó a medianoche y, pese a que el par de copas de vino lo relajaron y nadó una hora en la piscina, cuando se tumbó sobre la cama solo pudo evocar la forma en que esa jovencita observó sus labios con deleite. Era evidente que deseaba probarlos y eso... eso fue el motivo por el que poco antes de las cinco de la mañana ya se encontrara haciéndose un café bien cargado en ese solitario lugar donde habitaba.

Ingresaron a la oficina y el día comenzó. Cruzaron las miradas muy poco y todo se mantuvo en un tono formal, cortés, cordial, tanto que Roberto quedó asombrado por unos segundos. De alguna manera después de aquella advertencia las cosas comenzaron a funcionar para ambos.

El resto de la semana se acercaron poco, se hablaron lo indispensable y buscaron no estar uno tan cerca del otro, incluso a las reuniones externas Cristóbal pedía que los llevara el chofer; todo con tal de no hallarse en un espacio tan reducido cerca de ella. No era idiota, las chispas brincaban entre ambos, eso era notorio, sin embargo, agradecía que estuviera intentando lo mismo que él; ignorarlas. Nada sano saldría si se dejaban fluir y daban rienda suelta a lo que de verdad bullía en su interior. Deseo, deseo crudo, primitivo, arrollador y aniquilante, sabía bien que eso era lo que ocurría y más valía que lograra mantenerlo en ese plano pues de otra forma sería muy difícil el trato laboral.

³ Hormigón.

Desde que se divorció había tenido pocas aventuras, nada serio, pero sí sabía que costaba mucho trabajo que las cosas se mantuvieran en el ámbito puramente sexual, pronto llegaban las exigencias, los celos, la posesividad y ese era el momento donde terminaba de tajo con eso que no había. Jamás se involucraría de otra forma con nadie. Así que, si se le ocurría que algo semejante sucediera con su suplente de asistente, seguro que todo sería peor, eso sin contar que seguramente se sentiría con atribuciones y pronto exigiría o exclusividad o algo que le diera más... rendimiento. Sabía bien que el dinero lo movía todo. Por otro lado, confiar... confiar era un lujo de los tontos, así que no lo haría con nadie, jamás.

Incalculablemente aniquilador

La noche del viernes Kristián tocó despacio la puerta de la habitación donde aún permanecía Caro internada. Llevaba un globo, junto con unas galletas que su abuela preparó el día anterior y eran deliciosas.

—Adelante —escuchó la voz de su amiga del otro lado. Abrió y lo primero que vio fue a él. Se encontraba a los pies de la cama con los brazos cruzados, serio, y tan impresionante como siempre con uno de esos trajes que seguro estaban hechos a su medida, con esa mirada felina, con su semblante imposiblemente masculino, varonil. ¡No podía ser!

Sonrió amigablemente e ingresó dándose cuenta de que a su jefe le molestaba topársela justo ahí.

—Hola, Kris —saludó la rubia desde la cama, aún pálida, pero decididamente más relajada. Todo iba mejor y al parecer al día siguiente la darían de alta; sin embargo, reposo absoluto sería la indicación.

—Buenas noches —susurró acercándose a ella, dejando las cosas sobre una pequeña mesa.

—Me alegra que vinieras... Justo le preguntaba a Cristóbal cómo iba todo y que esto de estar en cama es de lo más aburrido —se quejó. Solo se encontraban los tres en la habitación ya que cuando su jefe llegó, el marido de la convaleciente aprovechó para ir a ingerir algo.

—No puede ir mejor —apuntó relajada evitando mirar a ese hombre que la mantenía alerta casi todo el día—, así que tranquila y pon buena cara, porque te falta bastante aún y ese bebé debe nacer sano —la reprendió con esa frescura tan singular.

Cristóbal en silencio la observó desde su posición. Los últimos días apenas si se hablaron para algo que no fuera estrictamente de negocios y eso, extrañamente lo ponía peor. Por lo menos cuando usaba su lengua afilada encontraba motivos para atacarla y sacar su ansiedad. Ahora se limitaba a observarla andar de esa forma tan peculiar, sensual incluso, reír sin parar, hablar con conocimiento y habilidad, y jamás parar, porque debía admitir que esa chica tenía muchísima energía y hasta ese momento parecía que la canalizaba correctamente.

—Lo sé —admitió la mujer acariciando su pequeño vientre—. Lamento de verdad que todo se diera así —dijo afligida—, pero sé que todo irá bien en mi ausencia.

—¡Ey! —Colocó Kristián una mano sobre su antebrazo—. Vamos bien. ¿No es así, señor Garza? —Lo encaró al fin esperando su positiva respuesta.

—Las reglas están muy claras, nada saldrá mal —zanjó serio. Carolina enarcó la ceja confundida, ahí pasaba algo, comprendió en cuanto ambos se miraron. Se mordió el interior del labio llenando de aire sus pulmones. Electricidad saltaba, ambos eran conscientes, pero, además, estaba la forma en la que se veían... Dios, solo esperaba que no sucediera nada ahí. Kristián no tenía idea de con quien se estaría metiendo; Cristóbal era un cuerpo sin emociones, vivía para su familia, para el conglomerado, pero el resto, el resto no contaba para él. Ella no saldría avante si le hacía caso al instinto, de eso estaba segura. Kristián era vital, alegre, vivía, adoraba hacerlo, eso lo descubrió a lo largo de esos meses en que la entrenó.

—Así es —lo desafió con firmeza.

—Este, bueno... Me alegra que se lleven bien, serán solo cinco meses, sé que cuando regrese todo irá de maravilla —intervino rompiendo la potente atracción que aquellos dos emanaban. ¿En qué momento ocurrió eso? Cuando se fue no la soportaba y no es que pareciera diferente en ese momento, pero ahora además la veía con amenaza, con... deseo. Pasó saliva agitando la mano de Kris, nerviosa—. ¿Ya has ido a Canadá? —preguntó intentando aligerar el ambiente—, recuerda que la visa es necesaria. ¿Cómo lo harás?

—A ver, señora, a partir de este momento no quiero que se preocupe más por lo que ahí sucede, de verdad todo va bien. Y con respecto a la visa, sí, ya organicé todo y la tendré a tiempo —respondió. La mujer suspiró aliviada—, así que deja esto ya —le advirtió cariñosa.

—La señorita Navarro tiene razón —intercedió Cristóbal notando que debía hacerlo— tú dedícate a lo que debes, es una orden. —Carolina rio asintiendo—. Elegiste acertadamente, así que de ahora en adelante no se hablará más de la empresa. ¿Estamos? —zanjó. El marido de la rubia apareció un segundo después por lo que ambos decidieron salir de ahí. Una vez fuera Kristián jugó con sus dedos sin saber qué decir, era incómodo el momento.

—Así que... ¿Ya admite que hago bien las cosas? —lo provocó sin poder resistirse a ello al encontrarse de pie frente a él. Cristóbal torció la boca en algo que pudo haber sido una sonrisa, pero que supo, al ver que se acercaba demasiado provocando que su espalda quedara contra la pared, que no. Dejó de respirar y por instinto se humedeció los labios.

—No me provoque. —Quedó a un centímetro de su boca, su aliento cálido la estaba consumiendo—, estos jueguitos no van conmigo, señorita Navarro —murmuró con voz ronca. Lentamente viajó hasta su oreja dejando huella de su paso por su piel—. Aléjese de mí —le advirtió y sin más se fue dejándola ahí, casi hiperventilando. Con las sensaciones disparadas, las palmas sudorosas y ansiosa por saber más de él, por probarlo, por sentir sus manos sobre su piel. Mierda, ¿en qué estaba pensando?

Bufó recargando la cabeza sobre el muro sintiendo bastante calor. Debía dejar eso de una vez, era el tipo más pedante, prepotente y odioso que conocía y ciertamente debía alejarse de él, pero es que... cada vez que lo tenía cerca no podía evitar sacar algún comentario que sabía lo molestaría, y es que era tan sencillo, que la necesidad era casi equiparable a la que se siente cuando se es niño y se desea molestar al quisquilloso del grupo.

—Agh, madura, Kris, no es un mocosito, no juegues con fuego —se regañó, sacó una pequeña botella de agua de su bolso, se la bebió de un trago y cuando sintió que el líquido al fin la refrescaba, salió de ahí.

Llegando a casa se aflojó el nudo de la corbata, bufando. Se frotó el rostro dejándose caer sobre el sofá mirando el techo preso aún de todas esas sensaciones que continuaban circulando por su torrente sanguíneo. Una maldita semana, una jodida semana y no podía dejar de verla, observar cada movimiento, cada delicado gesto. Eso se estaba tornando obseso, la urgencia de sentirla gemir bajo su cuerpo al fundirse en su ser, no lo dejaba en paz, no le daba tregua.

Se sirvió *brandy*, encendió el aparato de sonido y la música clásica inundó sus sentidos mientras reposaba con los ojos cerrados en la sala. El sonido de su risa se filtraba en su mente sin permiso, y ahí, sin nadie a su alrededor, no resultaba tan molesta, al contrario.

¿Por qué la vida le pesaba tanto? ¿Por qué sentir era como pensar en un látigo puntiagudo que sabía aniquilaría lo poco que quedaba de pie? ¿Por qué no supo elegir, interpretar, leer las señales que su hermana le dio tantas veces? Esas preguntas ya eran tan cotidianas como abrir los ojos cada día. Fue un mal hermano, se dejó llevar por el corazón y en el camino se perdió. La odiaba, la odiaba con cada fibra de su ser, pero no tanto como se odiaba sí mismo por permitir que todo eso ocurriera bajo sus narices, dejarla llegar tan lejos.

La quiso, no con arrebató, no de esa manera llena de deseo, loca, vehemente, no, si no como ese apoyo que necesitó, como ese sitio seguro, sereno que es inamovible. La quiso como se quiere a lo que da certeza. Con esa mujer todo parecía poder resolverse y, pese a que peleaban continuamente debido a sus complejos, supo cómo envolverlo con esas palabreras dulces, llenas de mentira, de veneno. Mayra siempre tan intachable, tan cuidadosa de las formas, impecable, buscaba superarse cada día en ello y eso lo admiraba, pues jamás se daba por vencida, pero sus motivos fueron diferentes a los que siempre creyó y lo que le maravillaba de ella se convirtió en todo lo que ahora aborrecía y aborrecería eternamente.

Era imposible ver a una mujer y no buscarle la careta, no juzgarla y esperar el zarpazo, era impensable imaginar que alguien tuviese verdaderos sentimientos, y si los tenía, le importaba una mierda, los suyos estaban destruidos, humillados y rotos, tan heridos que dar más de sí para alguien que no fuese su familia, no sucedería.

El sábado se enfrascaron con el departamento de estrategias y finanzas, en una junta que duró toda la mañana. Pros y contras de las negociaciones para la compra de la cadena hotelera en Quebec. Kristián escuchaba, al igual que él, los puntos con ojos severos, envuelta en esa envergadura seria, suficiente. Por la mañana, cuando sus miradas se toparon, simplemente les permitieron intercambiar las chispas magnéticas que brotaban sin que pudiesen controlarlas, para luego dejarlo de lado y sumergirse en lo laboral.

Cristóbal intervino poco, la observó cuestionar, debatir y buscar los puntos débiles que pudiesen surgir en la compra que planeaban hacer. Para él su asistente no era quien ordenaba su día, para eso tenía también a Blanca y Jimena, para Cristóbal ese puesto requería carácter, iniciativa, don de mando y un conocimiento basto de todo y por lo mismo exigía que participara de forma activa en todo lo que sucedía.

Los demás respondían con suma cortesía al ser cuestionados por la castaña, mirándolo de vez en vez a él mientras asentía sereno estudiando cada movimiento de esa mujer que evidentemente manejaba sin problemas la situación y toda la información. Frotándose la barbilla, en la cabecera de la mesa, notó que el jefe de estrategias al fin se molestaba por algo que ella argumentó. Una mirada casi felina ocupó su lugar.

—Kristián, no tienes experiencia en esto —soltó de pronto Lorenzo. La joven se recargó en su asiento ladeando la cabeza con esa sonrisa que la caracterizaba.

—¿Y por eso el ofrecer una opción temporal será la solución que a largo plazo nos dará la confianza para poder lograr la compra total? Es mucho dinero como para ir allá y no ser claros...

—Imposible hacerlo de otra forma, los he estudiado desde que todo comenzó, no admitirán otra manera —argumentó. La joven se levantó, tomó una carpeta, rodeó la mesa bajo la atención de todos y se la dejó justo enfrente.

—Yo también, y resulta que hace un par de años fue la única manera en la que admitieron que una empresa subcontratara todo el personal. El hombre en sus reuniones siempre va a lo que le interesa, y el setenta por ciento de las negociaciones que se han propuesto bajo tu esquema conservador con él no han funcionado, en el ámbito de los negocios ha dejado creer que esa es la manera, lo cierto es que en su vida actúa con el lema de todo o nada... Por otro lado, por su edad y movimientos familiares, la enfermedad de su esposa y la casa que compró recientemente para sus hijas y ellos en Suiza, ese hombre desea retirarse y no hay quien lo suceda. En el tiempo que propones alguien más se dará cuenta y ganará lo que buscamos. ¿Crees que podrías leer esto y luego decirme si estás de acuerdo?

Cristóbal se irguió asombrado de la forma en la que silenció a uno de sus colaboradores más brillantes, con reputación intachable. El hombre, un tanto humillado, ladeó la carpeta clavando su mirada iracunda sobre la suya fingiendo desgarbo e indiferencia.

—Eres novata y Google no da todas las respuestas —la desafió. Kristián se cruzó de brazos sonriendo sin temor.

—Lo dices por ti, ¿cierto? Evidentemente, con eso te quedaste, yo solo leo entre líneas, Lorenzo —refutó. El hombre se levantó rabioso.

—¡Basta! —Detuvo la situación Cristóbal antes de que saliera de contexto, cosa que nunca ocurría ahí—. Lorenzo, lee el informe, nos vemos de nuevo en dos horas aquí todos. Quiero algo definitivo, y te advierto que no debe haber una jodida posibilidad de que las cosas no se den. ¿Entendido? —El aludido asintió molesto—. Bien, pueden retirarse. —Todos los presentes acataron la orden desapareciendo de inmediato, salvo ella—. Acabas de pisar un talón. Lo sabes, ¿cierto? —La cuestionó notando que no se movía de su lugar. La joven giró pestañeando. Sus mejillas estaban levemente sonrojadas y su sonrisa no lograba emerger.

—No era esa mi intención —admitió con sinceridad humedeciéndose nuevamente los labios al percatarse de la forma en la que la escrutaba. Recorría lentamente sus piernas cuidadosamente vestidas por medias oscuras, luego la falda negra que se ceñía hasta arriba de la cintura; se detuvo en su pecho cubierto por una camisa blanca cruzada bastante discreta, elegante, con deliberada lujuria, para luego subir por su cuello y toparse con esa lengua que humectaba su boca. De inmediato atrapó sus ojos almendrados con fiereza mientras Kristián sentía que las piernas le fallaban. Nada nunca fue más erótico e íntimo que eso.

—Se acaba de ganar un enemigo —expresó con voz ronca poniéndose de pie, acercándose lentamente hasta donde se hallaba. Se detuvo a menos de un metro con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Su trabajo es interpretar, creo que se confió —murmuró despacio, sintiendo como el aire se hacía espeso, denso.

—Confiar... confiarse... Palabras delicadas, llenas de poder —murmuró acercándose un poco más.

—Dijo que... me alejara —le recordó respirando con mucho esfuerzo.

—¿Y por qué sigues aquí? —la confrontó con indolencia disfrutando de sus reacciones. Kristián sonrió, ladeó la cabeza y lo examinó detenidamente, deleitada por lo que tenía enfrente, por lo avasallante de las sensaciones que creaba sin siquiera tocarla.

—Por lo mismo que usted —admitió con valor.

—Te gusta el fuego —la desafió dando un paso más.

—Solo en las situaciones adecuadas —refutó serena, sin moverse, observando absorta su boca, sus dientes perfectos, su barba bien rasurada, pero que aun así, se asomaba.

—Siempre puede salirse de control.

—Depende de la intensidad. —Sin más la tomó por la nuca y estampó sus labios urgidos contra los suyos perdiendo el control de absolutamente todo.

Como el choque de la primavera con el invierno, de dos galaxias equidistantes, de dos mundos opuestos. El momento del primer contacto fue incalculablemente aniquilador, fuerte, brusco, revelador también. La joven al comprender lo que ahí ocurría, sin dudarlo, se pegó a esa esencia masculina que la atraía como si de su propia energía se tratara. Enrolló las manos en su nuca y se dejó llevar por lo que ahí sucedía. Seda caliente permeaba sus sentidos, las terminaciones nerviosas de sus labios mandaban millones de alertas, de mensajes que no lograba interpretar, cera se derretía sobre su aliento. Esa lengua extraña se enterró en su ser sin miramientos, arrancando un gemido de asombro y placer mientras sentía las manos duras de él apretando su cintura con una posesividad animal. Sus respiraciones agitadas eran lo único que se escuchaba en la sala, el roce de sus ropas. Fundiéndose en ese vertiginoso viaje dejaron vagar sus sabores, la urgente necesidad incrementaba.

Cristóbal lamió con fiereza uno de sus labios, para luego succionarlo y sorprendido notar que sabían a sereno, ese que solo en el campo se puede sentir justo poco antes del amanecer. El cuerpo de la joven, delicado, suave, lo sentía vibrar bajo su tacto, probando con su lengua cada rincón de esa boca que ya no lo dejaba pensar con claridad, su propia esencia, su sabor, las palabras que de ella salían.

La alerta en el celular de Kristián rompió el momento.

Azorado por lo que hizo, la separó abruptamente logrando que casi cayera de bruces. Ella lo observó perpleja.

—Aquí no ocurrió nada, ¿entiende? Esto fue una estupidez —bramó descompuesto. La chica abrió la boca con clara intención de hablar—. ¡No quiero escuchar ni media palabra, señorita Navarro! Y vuelvo a repetirlo... Aléjese de mí.

—Entonces usted... —No logró terminar la frase porque el hombre le pegó a la mesa, rabioso, fuera de sí, logrando así que se callara. Se sentía distinto, como si algo se hubiese abierto en su interior y lo tornara nuevamente de alguna manera vulnerable.

—¡Por una jodida vez deje las cosas así! Créame, nada bueno sacará de esto —advirtió caminando a la salida.

—Usted fue quien me besó —soltó nerviosa. Cristóbal se detuvo dándole la espalda apretando los puños sin que ella viese.

—Y no volverá a ocurrir, trabaja para mí, nada más —aclaró y salió de ahí mostrándose frío, imperturbable.

Kristián se llevó los dedos hasta sus labios que aún guardaban su sabor, la fuerza de aquel majestuoso roce. Sentía el estómago sumido, adrenalina expectante circulando por sus piernas, sus brazos, su pecho. Ciertamente eso no debía ocurrir, no era ni lo correcto, ni lo

más sano. Aun así, no podía dejar de sentir la potencia de lo que acababa de suceder, fue casi animal, instintivo y no lograba dominarlo.

Se sentó en una de las sillas y respiró varias veces hasta que pudo acomodar un poco el maremoto que experimentaba. Debía pensar fríamente, igual que él. Dejó vagar su mente por cosas que almacenaba en su memoria que la transportaran a momentos gratos. Más relajada tomó sus cosas y salió de ahí lista para las consecuencias de lo ocurrido.

Cristóbal cerró la puerta de su oficina con un movimiento brusco, se quitó el saco, lo aventó a uno de los sofás y avanzó hasta su escritorio colocando ambos brazos sobre la superficie de cristal templado. Resopló colérico. ¿Cómo era posible que hiciera algo así? ¿Cómo carajos permitió que el instinto lo dominara?

Negó iracundo y lo peor era en ese jodido segundo lo único que realmente deseaba era hacerla suya, sentirla vibrar desnuda bajo su tacto, enterrarse tan fuerte que la tierra dejara de girar por una puta vez como solía. Su sabor lo hipnotizó y su entrega rompió la voluntad que siempre había tenido. Un animal, eso se sintió al tenerla pegada a su cuerpo, al probarla sin contemplación, al invadirla y adueñarse de su aliento por unos segundos. ¿Cómo diablos una mujer lo podía prender hasta ese grado? ¿Cómo?

Sacudió la cabeza buscando deshacerse de toda esa estupidez. Trabajar, trabajar era lo que debía hacer. Por la tarde el club lo distraería.

Cuando volvieron a verse un par de horas después, ambos fingieron que nada había ocurrido. Cristóbal buscó algún indicio de que le perturbase su presencia. Nada. Kristián indiferente, atenta a cada palabra dicha, parecía haber olvidado esa ráfaga de pasión por la que se dejó llevar.

—¿Y cómo va todo en el trabajo? —preguntó Andrés al tiempo que besaba la mano de su novia, Paloma. Estaban en un bar no muy lejano de El Centro donde los tres pasaban la mayoría de los sábados por la tarde sumergidos en miles de actividades, en esa ocasión tocó hacer limpieza. Organizaban comitivas para mantener las instalaciones en buen estado, así que dirigían la situación junto con otros maestros en medio de risas, conversación informal, bromas y muchas veces baile.

Ahí todo era tan relajado que era ella sin temores ni caretas. Vestida con unos *jeans* cualquiera y una blusa de tirantes, con la espesa melena sujeta en un moño alto de lo más desgarbado, bufó, dándole un trago su bebida. No conduciría así que se podía dar ese lujo, aunque lo cierto era que no le gustaba abusar. Su abuela ya debía estar dormida después de jugar canasta con un par de amigas de la colonia como le dijo que haría, solía ocurrir que pasaban ahí la tarde y en ocasiones la noche. A veces se quedaba con ellas, pero la mayoría de las ocasiones se encontraba en El Centro ocupada en algo.

—Fatal —rezongó meneando su vaso. Ambos se miraron extrañados. Kris era positiva y era casi imposible escucharla hablar de esa manera.

—¿Por? Hace una semana decías que todo iba perfecto —le recordó su amiga metiéndose un cacahuete japonés en la boca y luego otro a su novio con dulzura. Kristián dejó vagar la mirada por ese lugar que tan bien conocía, un tanto oscuro, con mesas de madera gastada, altas, *rock* de fondo y gente yendo y viniendo. Pese al bullicio no lograba dejar de evocar su tacto ardiente en su cintura, su aliento fundiéndose con el propio. Les narró muy por encima lo que ocurría, no obstante, la conocían de sobra los dos, más Paloma que él, pues eran prácticamente vecinas desde siempre.

—Es tu jefe, ve con mucho cuidado, puede estropearse todo por lo que has luchado —le pidió preocupada. La chica suspiró hastiada.

—Lo sé, lo sé, pero es que ¡Agh!, si estuvieran ahí; me ataca, sé que no me tolera, pero luego están las miradas y...

—¿Y...? —preguntó Paloma acercándose un poco intrigada. Kristián no hablaba de hombres desde que aquel imbécil huyó. Después de eso, salió con un par que en la primera cita desechó y no lo había vuelto a hacer. Lo cierto era que con todo lo que tenía encima y todo lo que hacía, no tendría ni tiempo, aunque no dejaban de lloverle invitaciones.

—Y... no me regañen —les advirtió sonrojada, ambos negaron curiosos—. Hoy me besó. —Su amiga casi escupe la bebida mientras Andrés se echaba para atrás con los ojos abiertos y las manos en la nuca.

—¡Dime, por favor, que no lo golpeaste como imagino! —exclamó el chico. Kristián entornó los ojos para luego reír quedamente. Un par de veces ya había hecho eso precisamente a unos tipos que se propasaron, y ella, acostumbrada a chicos revoltosos que en varias ocasiones le enseñaban nuevos movimientos de combate, sabía bien cómo dejarlos doblados de dolor. Negó culpable.

—Peor, Andrés, yo... yo lo seguí y... —Paloma abrió los ojos de par en par.

—¿Te gustó? —La joven asintió mostrando los dientes.

—No sé cómo explicarlo, hay...

—Deseo... —completó él, serio. Kristián era una chica valiente, con mucho coraje y bravura, pese a las adversidades siempre mostraba buena cara y seguía, esperaba que eso no complicara su situación actual, pues ese puesto era su sueño.

—Sí —admitió—, sé que no debo dejarme llevar, que no debo verlo así, que solo serán unos meses... —se buscó convencer. Paloma acercó su mano a la suya y la apretó levemente.

—No lo desafíes, nada bueno saldrá de eso. El deseo no combina con el trabajo, olvida lo que pasó y sigue. ¿O acaso te acosa? —La joven soltó la carcajada negando.

—No, qué cosas dices, no soy tan estúpida, es solo que... me pone nerviosa, me altera. Si lo conocieran me comprenderían —confesó a sus mejores amigos observando expectante sus reacciones.

—Yo lo he visto alguna vez en periódicos, o revistas y bueno... la verdad es que sí, estás en un buen lío, amiga —admitió. Andrés fingió molestia por las palabras de su novia.

—Te aconsejo no entres en un juego de ese tipo, no eres así, mantenerlo en un plano sexual no es tu estilo, esas son cosas peligrosas, situaciones que jamás terminan bien, pero además ese hombre te lleva mucha experiencia por delante, eso sin contar la edad, los millones y todo lo que pulula a su alrededor con lo ocurrido hace unos años. Te aseguro que debe ser un jodido mujeriego y un grandísimo hijo de puta prepotente y nada le ha de atemorizar, así que

no hagas algo que seguro te costará caro —dijo Andrés, con suficiencia. Paloma asintió estando de acuerdo.

—Aunque hay que aceptar que está muy bien, y no puedo creer que te besó —reviró riendo su amiga. Andrés negó molesto por lo que escuchaba.

—Te lo estoy diciendo ahora que puedes retroceder, luego no sabrás cómo salir de ello y para él no significarás nada. Tenlo presente, seducirte solo será una aventura más en su vida.

—Las dos lo observaron serias.

—Eres un aguafiestas —lo regañó su novia haciendo un puchero.

—Soy realista, y compórtense como adultas, ambas —exigió arqueando una ceja—. Mejor dime cómo va tu abuela... ¿Ha habido alguna novedad? —preguntó interesado. La joven se entristeció de inmediato. Paloma le dio un puntapié por lo que acababa de decir.

—No, supongo que en parte eso es bueno.

—Verás que seguirá bien —la alentó Paloma, triste, también adoraba a esa mujer.

—Eso espero... —Un par de chicos se acercaron, amigos de El Centro. La conversación cambió de rumbo y comenzaron a reír por tonterías sin sentido como solían.

El domingo fue de compras parte de la mañana, y por la tarde, en compañía de su abuela, eligió lo que llevaría de equipaje. El vuelo salía el sábado por la mañana, la reunión sería por la noche en una cena privada donde podrían conversar sobre lo que deseaban comprar.

—¿Seguro que estarás bien? No quiero dejarte, Aby —suspiró sentada a su lado en la cama. La mujer sonrió sujetando su mano con ternura mirándola a los ojos.

—Yo soy la mayor aquí, no lo olvides. Sabes que todo irá de maravilla. Dulce no se moverá de la casa y los chicos vendrán todo el tiempo —se refería a Paloma y Andrés— así que despreocúpate... Son solo tres o cuatro días. Tú tranquila, disfruta, conoce y aprende. ¿Sí? —Kristián asintió observando sus dedos delgados unidos a los suyos. Desde que recordaba la tenía a su lado, era su madre, en casi todos los sentidos, la amaba por sobre todas las cosas y desde que ese cáncer fue detectado, ya nada volvió a ser lo mismo. Esa mujer vital poco a poco se extinguía frente a sus ojos, cosa que la llenaba de dolor, de aprensión. La quería a su lado, viva, sana y parecía que todo aquello no era posible—. Ey, muñequita, no pongas esa cara...

—Lo siento —sonrió con ternura—, estoy un tanto nerviosa por todo lo que está ocurriendo y solo espero hacerlo bien allá —mintió en parte, pues lo cierto era que también eso la preocupaba.

—Kris, eres inteligente, capaz y muy buena en lo que haces, lograrás pasar esta etapa... La vida es así; a veces nos pone frente a nosotros los peores miedos para que los enfrentemos y de ese modo poder avanzar. Sé que harás las cosas mejor que bien, excelente es la palabra.

—Eres mi abuela —le recordó riendo al tiempo que acunaba su mejilla con amor.

—Y tú la mejor nieta que pude tener. Persigue tu sueño, sé que tu futuro está ahí, ya lo verás —aseguró. La joven llenó de aire sus pulmones. Eso si ese hombre de iris oliva, tacto de acero y olor terriblemente masculino no lo estropeaba todo. De pronto se levantó haciendo a un lado su imagen que ya de por sí no la dejaba en paz, agarró una falda color miel y se la mostró junto con una camisa celeste.

—¿Te gusta? —quiso saber con ánimos. La mujer mayor asintió entretenida nuevamente.

—Creo que con esos zapatos irá de maravilla —le aconsejó señalando unos del mismo color que la prenda inferior.

—Me agrada tu sentido de la moda —los agarró Kristián riendo.

—Veo mucha televisión —admitió alegre.

Por la mañana del lunes todo funcionó como siempre; exacto y sin fallos. Kristián estaba decidida a no mostrar nada de lo que en su interior bullía. No obstante, era difícil tenerlo cerca ya que, aunque no hablaban mucho, sí podía sentir las partículas de ansiedad brotar por todos sus poros. Nada cómodo si era sincera, pero debía soportarlo, no haría una estupidez y ese hombre era el vivo ejemplo de la amargura, así que más le valía alejarse, poner la distancia justa.

—Me debes un *brownie*, lo siento —soltó con desenfado mientras se metía en la boca un trozo de carne en la cafetería de la empresa donde los empleados que no tenían puestos ejecutivos comían. A diferencia de sus compañeros de mesa, con los que solía departir a esa hora, ella podía estar en cualquiera de los dos comedores, divididos por ventanas y un medio muro, pues del otro lado todo era más serio y formal, cosa que la aburría y evitaba, por no mencionar que era el sitio donde comía él, su jefe, acompañado regularmente por los gerentes de los diferentes departamentos.

—¿Cómo mierdas falló ese penal? —se lamentó Carlos, un chico con el que solía hacer apuestas de postres y que adoraba el fútbol tanto como ella.

—Porque es malo, ya te lo dije... Así que mañana por la mañana lo quiero en mi escritorio —sentenció seria.

—Eres implacable —se quejó divertido mientras los demás reían. La joven se encogió de hombros.

—Ya sabes, sin nuez —advirtió. El chico le dio un pequeño empujón amigable.

—Abusas...

—¿Quién te manda esta de parte de ese equipo? Apestan y lo sabes. —Pronto comenzaron la discusión de siempre, pues los demás, tanto chicas como chicos, se metieron, sin poder evitarlo, a defender cada uno sus puntos.

Desde su mesa podía verla a lo lejos. Reía, para variar, pero además su trato era de mucha confianza con ese hombre. Dejó los ojos a media asta sin perder detalle. Era una coqueta, disfrutaba embelesando y confundiendo a los hombres, pero eso no era lo peor, sino que él hubiese caído con esa facilidad ante una mujer así. Todas eran iguales y esa... seguro iba buscando mucho más que algo ardiente.

Al entrar para entregarle unos documentos una hora más tarde, los dejó sobre su escritorio informándole de qué eran, con esa suficiencia y su clásica sonrisa. Cristóbal se sentía inexplicablemente rabioso, molesto. La observó con dureza desde su lugar.

—Después de todo, el fuego sí es su fuerte, ¿cierto? —murmuró con tono gélido. Kristián pestañeó sin comprender. El hombre se levantó con agilidad y lentamente fue rodeando el

escritorio hasta terminar frente a ella ladeando la cabeza con indolencia. La joven pegó ambas manos a la superficie de cristal, desorientada. Así de cerca el olor se volvía más intenso y sentía la urgente necesidad de aferrarlo por el saco y besarlo. Se humedeció la boca, pestañeando. Él estudió el gesto asintiendo levemente—. Esa es la manera...

—Podría explicar —consiguió decir notando que se acercaba un poco más y que las palmas le sudaban como si bajo agua se encontraran. ¿Por qué hacía eso?

—Yo no me quemaré, eso te lo aseguro. —E invadió sus labios arrancando un gemido de sorpresa y también de alivio.

Olía jodidamente bien, a esencia femenina, nada sofisticado, simplemente delicada, agradable, suave. Su aliento de nuevo lo hipnotizó y se encontró prácticamente sobre ella aferrando su rostro, con la otra mano rodeando su cintura e ir descendiendo mientras ella lo apresaba por la cabeza con ambas manos dejándose llevar por la pasión que parecía un tsunami terminando con cualquier atisbo de cordura que pudiese asomarse dentro de su mente. Esta vez ella no pudo resistirse y absorta en las sensaciones avasallantes lo invadió sin remilgos. Sus lenguas al encontrarse simplemente no pudieron evitar saborearse, sus rostros se movían frenéticos ante la urgencia y necesidad, llegaron a un punto en que sus cuerpos ni siquiera podían diferenciarse.

Unos golpes en la puerta los hicieron reaccionar, solo que esta vez ella fue más rápida, lo hizo a un lado pues prácticamente la tenía sentada sobre la superficie, se alejó nerviosa sin mirarlo, se arregló la ropa, el cabello y se acercó a la puerta sin girar.

—Pasa, Lorenzo. —Y salió sin decir nada. Cristóbal daba la espalda aún con la respiración irregular, el pulso alocado y los dientes apretados. Nada de lo que ahí estaba ocurriendo era lo correcto, su conducta nuevamente era inmadura y ahora no tenía el pretexto de la edad.

—¿Qué sucede? —preguntó rodeando su escritorio y sentándose nuevamente. Ella ya no estaba.

Apetito

Más tarde lo tuvo que acompañar a una cita. En silencio mientras el auto serpenteaba la ciudad, ambos miraban por la ventana, iban de regreso.

—Debemos hablar —soltó ella de pronto. Cristóbal sin girar asintió.

—En la empresa, ahora no es el momento —zanjó con voz glacial. Ella solo asintió.

Al entrar, Kristián cerró la puerta y avanzó mientras él la ignoraba deliberadamente.

—Sobre lo que ocurrió... —empezó, pero su jefe se detuvo poco antes de rodear el escritorio.

—No sucederá de nuevo —expresó sin mirarla, dándole la espalda—, así que no piense que por esas tonterías algo cambió. —Kristián avanzó decidida, molesta. Ese hombre la exasperaba tanto como la prendía. Se ubicó frente a él dejándolo perplejo, aun así, no demostrándolo.

—Eso espero, señor Garza —elevó su barbilla seria—, porque también le aseguro que no saldré quemada —dicho esto lo rodeó y caminó a la puerta con decisión.

—Entonces guarde su distancia —musitó irritado. Ella no pudo más, regresó y se plantó nuevamente frente a él. Se acercó hasta quedar uno centímetros y así poder alzar el rostro y verlo a los ojos fijamente.

—No me gustan estos juegos y no soy yo quien lo anda besando cada vez que tengo oportunidad, así que le aconsejo que sea usted el que «guarde su distancia» —lo desafió con dureza.

—¿Me está dando una orden, señorita Navarro? —Su manera de enfrentarlo le resultó divertida, ya pocas cosas lo lograban.

—Tómelo como quiera, solo no se acerque más de lo que debe —advirtió. Cristóbal no pudo ante el reto que encerraban sus palabras. La tomó por la cintura pegándola de un solo movimiento a su cuerpo ansioso de su ser. Kristián abrió los ojos al sentir el deseo que en él despertaba.

—Yo doy el paso, pero usted parece disfrutarlo —soltó con cinismo.

—Es un soberbio —escupió enojada y agitada, su enorme cuerpo la tenía bien sujeta, demasiado cerca como para pensar con claridad.

—Y usted una provocadora... —murmuró cerca de sus labios—, así que ya sabe —y la soltó de pronto—, no se acerque, es lo mejor para los dos. —La mujer lo observó seria por unos segundos, sus miradas chocaban como si de dos mundos en confrontación se tratara.

—Definitivamente lo es —confirmó y se alejó con los puños apretados deseando con todas sus fuerzas estamparlos sobre ese asombroso rostro.

El resto de la semana fue complicado, cada vez buscaban más la lejanía, por lo que las reuniones matutinas se estaban convirtiendo lentamente en un pequeño calvario para ambos; ningún momento a solas se permitían, pero si este se daba, ella evitaba sus ojos todo el tiempo, al igual que él, pues quedar atrapado en ellos implicaría perder el poco autocontrol que conservaban. Aun así, sin percatarse, como dos volcanes, la lava se iba arremolinando en su

interior y cada hora buscando ignorar lo que sucedía, esa atracción atípica, extraña, demasiado fuerte, crecía a pasos agigantados.

Cristóbal no podía evitar observarla desde el comedor, siempre sonreía, intercambiaba palabras con todos de forma relajada, fresca. Era difícil verla seria, o a quienes estaban a su alrededor. Esa chica emanaba alegría y la contagiaba. Pero eso no era lo que soñaba cada noche, sino ese cuerpo gimiendo, jadeando y rogando más. Lo excitaba de una manera absurda, simplemente escuchar su risa lo encendía como una caldera a punto de explotar. Había mucho en ella que deseaba someter, conocer y descubrir, pero, sobre todo, apagar, sí, como si de un incendio se tratase. La necesidad por su cuerpo, esa fingida felicidad que estaba seguro era una treta para conseguir lo que verdaderamente quería.

Todos tenían un pasado, ella debía tener el propio y sabía que podía acceder a él cuando quisiera, pero la confidencialidad era una de las cláusulas del contrato firmado con Roberto y su equipo. Él investigaba a todo aquel que estuviese cerca, sin embargo, era información que no pedía nunca, no le parecía ético. Solo Gregorio y su guardaespaldas la manejaban.

—El auto pasará por usted a las ocho de la mañana, señor Garza —le informó Blanca cuando llamó a las tres mujeres para coordinar su ausencia el viernes por la tarde.

—Bien, espero su cooperación como siempre —habló con tono formal.

—Ya Kristián dejó todo listo, esperamos su viaje sea de provecho —dijo Jimena cuando la reunión concluía.

—Gracias, debe serlo. Ahora pueden retirarse. —Las tres hicieron ademán de levantarse—, usted espere, señorita Navarro —pidió. Un tanto más nerviosa de lo común asintió. En silencio esperaron a que estuvieran solos.

—Ha demostrado mucha eficiencia este par de semanas, este negocio que cerraremos implica muchos millones, no quiero errores, no quiero fallos y todo debe salir a la perfección... Ya revisé la información que me hizo llegar, está completa y en orden, así que veamos qué tan bien lo hace. —El desafío que leyó en sus palabras la hizo clavar los ojos fijamente en los suyos. Ambos fueron conscientes de cada molécula que viajaba en el aire.

—Lo haré bien —zanjó decidida.

—¿Nada la amedrenta? —Se encontró preguntando sin soltar su mirada marrón. Kristián ladeó la cabeza reflexiva.

—La cobardía, nada más —susurró. Cristóbal cerró los puños para de inmediato aflojarlos—, ¿puedo retirarme? —quiso saber serena, sonriendo con cinismo.

—No se confunda conmigo —le advirtió en todo gélido—, no sabe nada de mí pese a lo que ha escuchado.

—Tampoco deseo saberlo —expresó sujetando con firmeza la *tablet*. Cristóbal notó el gesto, triunfante.

—Así que además de eficiente, embustera. Bien... debe saber que yo además de la cobardía no soporto las mentiras... Así que espero que su capacidad sea verdadera y lo demuestre en donde debe. Buenas tardes —terminó posando la atención en su computadora. Kristián quería romperle de una buena vez la nariz. La retaba todo el tiempo, la pinchaba y luego hacía eso. Logró controlarse, se levantó y con la manija de la puerta en la mano se detuvo.

—Usted tampoco sabe nada de mí —expresó serena y salió dejándolo estático observando estupefacto el espacio que acababa de abandonar. No sabía qué le ocurría con ella, además

del deseo, pero esa atracción que sentía solo le hacía sentir ganas de fastidiarla, de borrar su fresco gesto que hacía que brillara sus ojos como si de chocolate derretido se tratara.

El vuelo privado transcurrió en medio de una reunión entre los tres para coordinarlo todo. Al llegar, Kristián se manejó con un perfecto inglés. Tenía todo listo y sin el menor contratiempo, en conjunto con Roberto, con el cual sonreía o reía de cualquier tontería, iban generando orden por donde pasaran.

Ya en el auto la joven no pudo evitar perderse en las calles adoquinadas, las construcciones maravillosas, era como estar en una villa ideal; casas de dos aguas, lindos paisajes, todo era como salido de un cuento. El clima era agradable, pues julio era un mes ahí que incluso hacía calor húmedo en ciertos momentos.

La comitiva llegó sin contratiempo a un hotel con gran prestigio en el mundo. De inmediato los recibieron, la *suite* presidencial, así como parte de los cuartos de la siguiente planta que fueron alquilados por el conglomerado. Todo sin problema.

El equipo de seguridad entró primero a la habitación, cómo notaba Kristián que era el protocolo, mientras ambos aguardaban en silencio en el *lobby*, en un área privada.

—¿Nunca había visitado Canadá? —preguntó él, observándola. Imaginaba la respuesta, pero quería que lo mirase directamente. Ese día llevaba un atuendo más informal, al igual que él; unos *jeans* ajustados, zapato alto, una blusa clara de botones al frente que la hacía lucir sofisticada y un moño desgarrado demasiado sensual para su gusto. Se veía realmente asombrosa. La joven lo encaró intrigada esperando encontrar en sus ojos una doble intención, la antelación de un nuevo ataque. Sonrió negando al ver que no era así, de alguna manera supo que lo preguntaba con genuino interés—. Se ha perdido un gran lugar. Si desea, tiene la tarde libre para conocer un poco de los alrededores, Quebec es pequeño, pero creo que le gustará —admitió con suavidad. Tanta condescendencia la desconcertó.

—Venimos por trabajo —le recordó confundida.

—Si no quiere ir sola, solo debe pedirlo —se encontró diciendo sin pensarlo. La chica sonrió relajada y sacudió la cabeza haciendo un gesto curioso con las cejas.

—¿Usted iría conmigo? —cuestionó incrédula Cristóbal colocó los codos sobre sus rodillas estudiándola con atención.

—¿Desea que le dé un pequeño *tour*, señorita Navarro? —preguntó con ese iris oliva fija en ella. La joven soltó una pequeña carcajada negando.

—¿Es en serio? —La frescura con la que hablaba, sus ademanes, su incredulidad, solo lograban que ablandara su gesto asomando una muy pequeña sonrisa, la primera que le veía desde que lo conoció, bueno, la primera dirigida a ella, pues cuando hablaba con su hermana, cosa casi diaria, su rostro se iluminaba y ese hombre de piedra que solía ser se humanizaba viéndose aún más atractivo, deseable, impresionante.

—Serán un par de horas, tenemos la cena más tarde... O prefiere ir sola —la desafió enarcando una de sus oscuras cejas.

—Un *tour* está bien —admitió sin soltar sus ojos.

—Señor, todo está listo. —Apareció Roberto, rompiendo con la intimidad que ahí se gestaba. Se levantó asintiendo.

—La veo en quince minutos aquí —apuntó y siguió a su escolta caminando con desgarbo. Kristián lo observó desde su lugar sonriendo alegre. Ese hombre la subía y bajaba en segundos y lo peor era que, aunque muchas veces la irritaba, otras tantas, sentía cosas demasiado extrañas. Era guapísimo, y vestido así; con esos *jeans* oscuros, la camisa tipo polo, casi del mismo color que sus ojos, se veía más joven, más accesible, asombroso era la palabra, ancho, grande, fuerte y con una seguridad intimidante.

Justo a tiempo se encontraron dónde quedaron.

—¿Preparada? —quiso saber él al ver que se había mudado el calzado por uno más cómodo haciéndola ver más pequeña.

—Sí —admitió emocionada, gesto que le agradó. La llevó por un sendero que comunicaba el hotel a aquel sitio donde por la noche se verían. Caminaron por el muelle entre un poco de vapor que de este salía.

—¿Desea tomar algo? —preguntó con elocuencia. La joven se acercó a un quiosco que vendía helados.

—¿Quiere? —habló saboreándolo. Cristóbal negó siguiéndola, cuando iba a pagar, él se adelantó.

—¿Me está invitando? —lo desafió con el cono en la mano. La observó con la quijada tensa, parecía ingenua, tremendamente mujer, vibrante. Durante todo el trayecto hablaron poco, se limitaron a ir caminando, observándolo todo.

—Un helado no implica nada —soltó, acabando con la tranquilidad. Kristián se encogió de hombros y comenzó a comérselo. No entraría en esos cambios de humor que le solían suceder. Anduvo hasta el límite donde se hallaba una baranda de hierro pintada de verde y perdió la vista en el mar. Un segundo después él apareció a su lado, con una distancia prudente.

—En serio es bello —murmuró perdida en la inmensidad. Cristóbal asintió con los codos recargados en la baranda.

Ya no lograba apreciar esas cosas, no de esa manera, no como solía. Para él ese era un sitio más, un lugar en el cual hacer negocios y aumentar su ya de por sí enorme fortuna. Esa capacidad desapareció por completo cuando todo aquello ocurrió, cuando esa pesadilla lo envolvió y resultó él ser tan responsable como aquella maldita mujer de la infelicidad de su vida, de las personas que más amaba. Ella vivía en prisión, y él... también. Pero incluso antes ya no era un hombre que fuese contemplándolo todo. Mayra era tan difícil de apantallar, que por mucho que hiciera, se mostraba siempre tan imperturbable, con sus elegantes modales, con esa contención de emociones... Era fría, una dama, decía, y esas ganas de ser mejor por él, según repetía una y otra vez, lograban que jamás la criticara.

Apretó los puños al darse cuenta de todo lo que perdió, de lo que dejó. Su juventud, su vida, la capacidad de sentir, su... alegría, todo. Observó a Kristián. Tenía los ojos cerrados, con su helado de chocolate ya casi a la mitad, con sus cabellos sobre el rostro moviéndose delicadamente presos del viento que ahí hacía y que parecía no molestarle. Disfrutaba, de verdad disfrutaba lo que la vida le daba, el hecho de poder estar ahí. Era demasiado mujer, su cuerpo lo sentía, su hombría rugía.

—Debemos irnos —rompió el momento con voz dura. Ella abrió los ojos y lo observó mientras que con su delicada lengua probaba un poco más de su helado. La excitación casi lo golpea sin piedad, no lo hacía con esa intensidad, eso era evidente, aun así, lo provocaba.

—Ni hablar, creo que mañana tendremos un poco de tiempo... —murmuró con gesto desilusionado y pasó a su lado concentrada en su alrededor. Caminó la mayoría del trayecto de regreso un paso atrás. Todo contemplaba y todo la asombraba, no parecía necesitar a nadie para gozar lo que sus ojos captaban y él lo único que podía era verla.

Por la noche se encontraron en la recepción a la hora establecida. Iba enfundada en un vestido negro de encaje que dejaba al descubierto los brazos, que le llegaba unos centímetros por debajo de las rodillas y con calzado nuevamente alto. Otra vez la mujer estilizada, pero que pese a ello le encantaba. Su cabello lucía con un desgarbo elegante, suelto, con suaves ondas y el flequillo delicadamente acomodado cubriéndole la frente. Lo saludó con un ademán y se encaminaron hasta el auto.

Ya en el trayecto se habló solo de negocios. El restaurante se ubicaba justo en una parte privada de un hotel muy conocido en Quebec, de construcción majestuosa simulando un castillo de antiguas épocas, justo frente al muelle donde pasearon horas atrás, allí los esperaban.

—Si lo logramos, mañana te mostraré todo lo que quieras de este lugar —propuso él al bajar del elegante auto.

—Entonces estaré lista temprano —aseguró aceptando el reto.

La reunión transcurrió mejor de lo que pensaron. Entre ambos, en menos de dos horas, prácticamente lograron, con la estrategia que ella misma propuso la semana anterior, la compra de la cadena. Era una pareja adulta, junto con cuatro accionistas más. Todo se llevó en un tono casual y gracias a la ligereza de Kristián, que de inmediato relajó el ambiente, pronto se encontraron aceptando que estaban ya planeando su retiro. Cristóbal no pudo más que admirar sus formas, Caro era buena, pero decididamente esa mujer era atrayente en más de una manera y lograba bajar las defensas de las personas en minutos. Por lo menos no era el único, admitió para sí.

Música suave comenzó a sonar, un violín, junto con piano. Las parejas se levantaron sonriendo después de ingerir el postre y comenzaron a bailar delicadamente al lado de los músicos. Todo era muy elegante, sobrio, no obstante, los anfitriones hacían sentir el ambiente relajado, informal.

—Acompáñenos —instó a Cristóbal uno de los accionistas. No tuvo más remedio que tenderle la mano a Kristián, quien lo miraba claramente turbada. Serio la arrastró hasta donde se ubicaban las otras parejas. Cuidando mantener la distancia colocó una palma sobre la parte baja de la espalda y sujetó su tibia mano, todo bajo la mirada expectante de ella. De forma delicada comenzaron a moverse.

Sin percatarse se fueron acercando hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. Sus respiraciones se tornaron espesas, soltaron sus manos. Ella ubicó la suya sobre su hombro con mayor confianza, mientras él acunaba su cintura con familiaridad. Su aliento se sentía cada vez más cercano, ansiosos, preocupados de lo que ahí ocurría, sin poder esconder o contener lo que parecía suceder. El trance en el que se aventuraron traspasó los límites de cualquier sensación. Sus ojos parecían conectados por un hilo simple, fuerte, intercambiando

expectación, antelación, deseo. La joven humedeció sus labios, consciente de su cuerpo como nunca y es que él lo despertaba.

La música terminó, perplejos se separaron. Kristián giró recordando donde se encontraba. Sonrió tranquila mientras él regresaba a ese gesto frío, lejano, inalcanzable.

—En cuanto recibamos la información la revisamos, quiero que esto se cierre el lunes a más tardar —indicó Cristóbal. Kristián asintió a su lado, en el auto—. Hizo muy bien su trabajo, señorita Navarro —tuvo que admitir sin remedio.

—Gracias... —murmuró serena. No tenía mucho sueño, pero el par de copas de vino la relajaron, eso sin contar que sentía cada terminación de su cuerpo brincar y gritar sin cesar. Era incómoda la sensación, en realidad, tanto que apretaba los dientes.

—La veo mañana a las diez en el *lobby*. Cumpliré mi palabra, en cuanto llegue lo que necesitamos, trabajaremos en ello. —La joven giró sonriendo complacida. Cristóbal no la miraba, no podía, si lo hacía le importaría un carajo que vinieran en un auto, que no estuvieran solos y que ella fuera quien era.

Por la mañana ya la esperaba sentado mientras leía las noticias en el celular. Apareció sonriendo. Su melena sujeta de forma coqueta, *jeans*, calzado cómodo y blusa de algodón sin mangas color coral. Se veía tremendamente joven, y tremendamente hermosa.

—Lamento haber tardado —se disculpó mostrando los dientes—, no lograba entrar a la ducha —se sinceró. Cristóbal enarcó las cejas poniéndose de pie.

—¿Cómo que no lograba entrar a la ducha? —repitió desconcertado. La joven resopló quejosa. Ese gesto casi lo hace reír, no había drama en sus palabras.

—Sí, se atoró, tuve que llamar a recepción, lo arreglaron y ahí perdí tiempo... Pero ya está solucionado —explicó con simpleza. Él asintió asombrado ante su forma tranquila de narrarle lo sucedido.

—Es imperdonable que en un hotel como este sucedan esas cosas... —musitó molesto. Ella se encogió de hombros.

—Son errores, solamente. Además, ya lo solucionaron. ¿A dónde iremos? —cambiando de tema. Cristóbal no discutiría, no con ella, no viéndola así; tan entusiasmada, lista para la aventura.

—Sígueme —la instó serio.

Pasaron el día conociendo lugares que admiraba sin cesar, ese sitio era realmente hermoso, las construcciones majestuosas, no paraba de fotografiar y reír. Cristóbal se limitaba a ir a su lado sin hablar mucho, solo explicando algunas cosas.

—Es hermoso, de verdad... No sé, es tan alegre, es como si lo hubieran sacado de algún cuento. ¡Me encanta! —admitió. Él se detuvo contemplándola, era verdaderamente vital, receptiva y su alegría bullía tanto que casi sentía que lo contagiaba.

—Hay lugares aún más impactantes —habló serio. Kristián enarcó una ceja metiéndose a la boca un trozo de galleta que había comprado por ahí.

—Pero estamos aquí... y lo que tengo frente a mí me tiene fascina —declaró entusiasta. Cristóbal no supo interpretar sus palabras, era picara en realidad,

sarcástica y si no se sintiera consumido por dentro, se reiría con ella en todo momento. Metió las manos en los bolsillos del pantalón, reservado.

—¿Tiene hambre? —quiso saber dejando de lado la conversación. La joven asintió de inmediato. Era esbelta, bastante, pero ya había perdido la cuenta de las veces que se detuvo a comprar algo para ingerir, por lo que juró le diría que no. Sin remedio la llevó a un sitio muy cercano al muelle, las mesas daban a la callejuela que todo el tiempo se encontraba transitada.

Comieron, conversando sobre temas que sabían no los ponían en riesgo. Kristián se sentía atrapada cada dos segundos por su mirada y le costaba hilar una idea con otra, mientras él no podía evitar admirar cada ademán, cada gesto. La entropierna le exigía más, pero no era la adecuada para desfogarse, algo tendría que hacer, no dejaría que las cosas llegaran a ese lugar que intentaba evitar. Lo cierto era que cuanto más tiempo pasaba con esa chica de sonrisa fácil y contagiosa, menos podía pensar en estar con alguien más.

La alerta de los documentos vibró en el celular de ella cuando devoraba un enorme postre.

—Ya los mandaron —anunció seria, expectante.

—Bien, ahora vamos a revisarlos... Debe estar todo en orden hoy mismo. —Media hora después llegaban al hotel. Dentro de la *suite*, en el elegante comedor, comenzaron a trabajar sin parar.

La noche ya estaba sobre ellos unas horas después. Kristián se levantó con las piernas algo entumidas, todo parecía estar como lo deseaban. Se alejó un poco mientras él revisaba una cláusula del contrato, la observó por encima del aparato andar hasta su bolso y sacar una barra, seguro era chocolate. La joven giró ladeando la cabeza con una sonrisa.

—¿Quiere? —preguntó regresando nuevamente hasta donde se hallaba hacía unos segundos. Lo abrió delicadamente al tiempo que Cristóbal negaba intrigado.

—¿Come todo el día? —deseó saber notando que le daba la primera mordida casi deleitándose. Kristián asintió ladeando la boca.

—Casi, creo... No sé, nunca puedo estar quieta y eso supongo que me provoca apetito —confesó. El hombre alzó las cejas sorprendido. Un tanto sediento también se incorporó y tomó una botella con agua que estaba sobre la barra de la moderna cocina a poco menos de un metro de la joven.

—Me parece que no es sano ingerir tanta golosina —apuntó con tono extraño. Ella rio sacudiendo la cabeza. Siempre tan correcto y eso de alguna forma también la atraía.

—¿Le preocupa mi salud? —se burló recargando su esbelto cuerpo sobre el respaldo de la silla. Cristóbal dejó salir el aire contenido de sus pulmones, alargó una mano sin poder ni querer ya evitarlo, sujetó su muñeca y la pegó a su cuerpo. La joven no se esperó esa reacción y soltó un gemido de asombro al sentirlo así, tan cerca. Abrió los ojos de par en par, de inmediato su olor la llenó y la ansiedad por probar sus labios la embargó. Respiró agitada, con las pupilas dilatadas.

—Eres provocadora, y lo sabes. —Escuchó aquella voz ronca, varonil. Kristián alzó la mirada hasta topar con la suya incisiva, llena de lujuria, de pasión amedrentadora. Pasó saliva pestañeando.

—Solo estoy comiendo chocolate —le informó con simpleza, aunque con el corazón en pausa.

Cristóbal negó, toda la jodida tarde la estuvo observando, admirando, contemplando, deseando con ansiedad tocarla, sentir su piel. Se contuvo, lo logró a pesar de que resultaba un

esfuerzo monumental, uno que jamás había tenido que hacer, ni siquiera de adolescente. Pero todo se fue al carajo en cuanto se metió ese chocolate en la boca y lo mordió sensualmente. Mierda, lo encendió como a un puto volcán que había estado queriendo hacer erupción desde que la vio por primera vez. No, ya no podía más, su cabeza se nublaba por la ansiedad de poseerla, de ir más allá, de comprender que lo que veía y sentía no era normal. Quería hacerla suya, enterrarse en su interior una y otra vez hasta que las neuronas reventaran, hasta que su nombre olvidara.

—Te deseo, te deseo ahora, Kristián... —rugió con firmeza. Esa era la primera vez que la llamaba por su nombre y el cómo lo articuló le pareció afrodisíaco. Acto seguido tomó su nuca y la besó fieramente.